



EL PIRATA BIEN EDUCADO

y sus amigos

Rafael Dezcallar



Ilustraciones de
Emilio Urberuaga

Siruela

**EL PIRATA BIEN
EDUCADO Y SUS
AMIGOS**

Rafael Dezcallar

Ilustraciones de Emilio Urberuaga

 Siruela

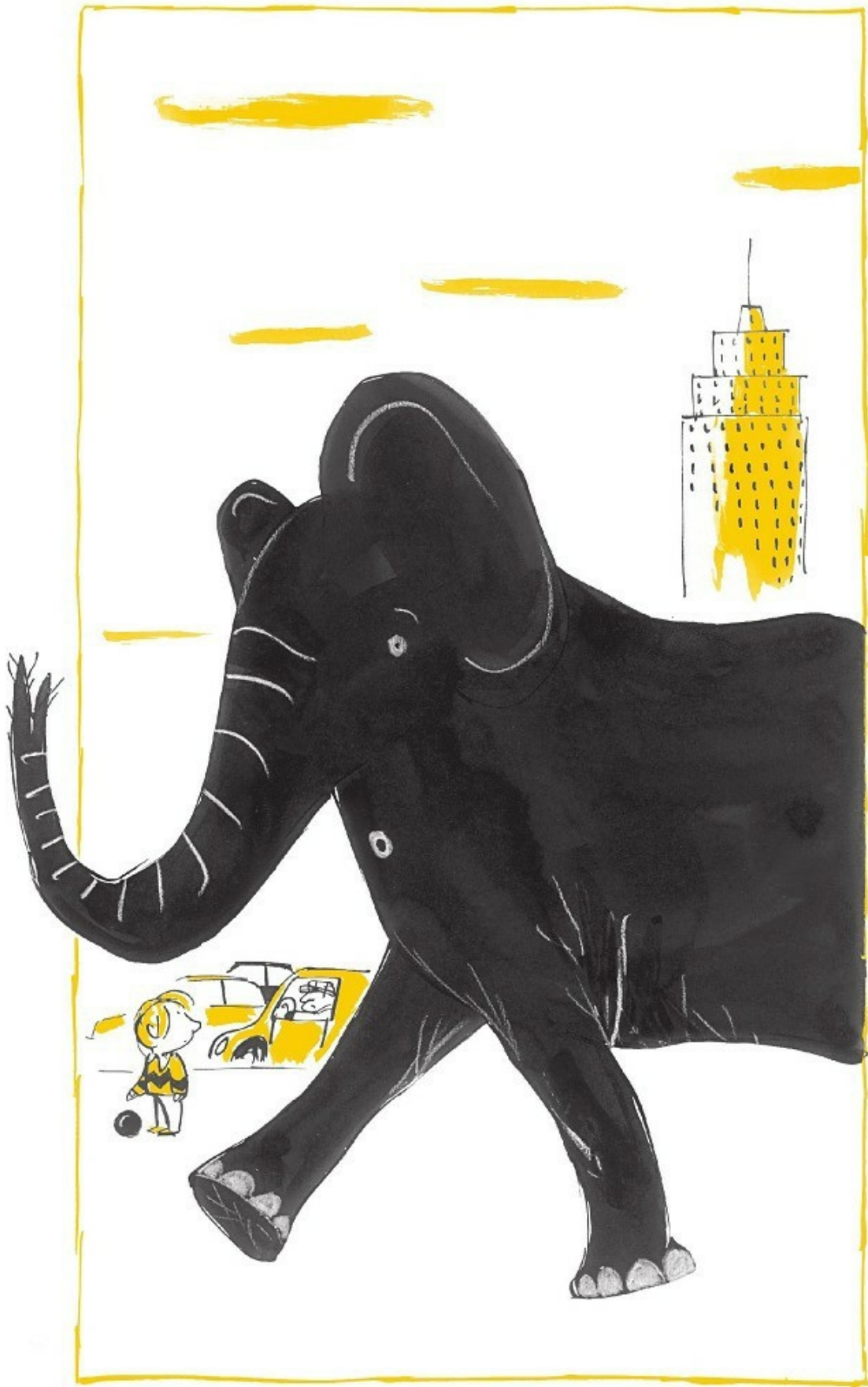
Las Tres Edades

Índice

Cubierta
Jaime y los elefantes
Sofía y los caballos
El cocodrilo de Yibuti
Los enanitos vengadores
Los enanitos vengadores - 2
Los enanitos vengadores - 3
El dragón Sinforoso
Los inventos del profesor Patatini
El niño que se dormía siempre
El pirata bien educado
Enanitus Máximus
Los gatos de Doña Rosaura
Créditos

Para Íñigo e Inés

JAIME Y LOS ELEFANTES



Jaime y Sofía eran dos niños pequeñitos. Bastante pequeñitos, aunque no tanto como creían sus padres, que siempre pensaban que eran más pequeños de lo que realmente eran. Eso fastidiaba bastante a Jaime y a Sofía, aunque al final se habían acostumbrado, porque sabían que sus padres no tenían remedio, y cuando les decían alguna tontería o los trataban como niños enanos de verdad, simplemente se miraban y suspiraban.

A los dos les encantaban los animales, y cada uno tenía su favorito.

A Sofía le gustaban los caballos, pero de eso hablaremos más tarde. En cuanto a Jaime, su animal favorito era el elefante. Eso exige una cierta explicación. Su padre le había contado que una vez, cuando él era de verdad muy pequeño, se escapó un elefante de un circo que había acampado cerca de su casa. Alguien había cerrado mal la puerta de su jaula, y él simplemente la abrió. Nunca había salido del circo, y sentía curiosidad por ver la calle. Pero como tenía ese tamaño, todo el mundo que le veía salía corriendo, dando gritos de miedo. El elefante no entendía por qué, él era un buenazo y lo último que se le ocurriría sería hacerle daño a nadie. Pero el caso es que todo el mundo salía corriendo. También los coches frenaban en seco cuando le veían, y daban marcha atrás para tratar de alejarse de él lo más rápido posible, organizando un lío terrible en el tráfico.

Ese día Jaime estaba jugando al fútbol cerca de su casa. Su padre le había prometido que enseguida iría a jugar con él, pero Jaime ya conocía las promesas de su padre: al final siempre las cumplía, aunque tardaba mucho más de lo que decía. Total, para leer esa montaña de papelotes que cada día se traía a casa.

De manera que Jaime seguía jugando solo, esperando a que llegara su padre (pensaba ganarle), cuando el que se presentó fue el elefante. Este se encontraba ya un poco cansado, porque había caminado un rato por las calles, y se echó al suelo a descansar. Jaime nunca había visto un elefante, y al principio le dio bastante miedo. Pero cuando el elefante se recostó en el suelo lo miró, y Jaime vio que sus ojos eran amables y su mirada tranquila, que no tenía intención de hacerle ningún daño, y le cayó simpático. Muchas veces los niños ven esas cosas mucho mejor que los mayores. Se acercó entonces un poco. Sabía que eso era precisamente lo que sus padres le hubieran dicho que no hiciera, pero le pudo la curiosidad, y además la mirada del elefante era la de un amigo que se había metido en problemas. El primero de todos esos problemas parecía ser un granito bastante gordo que tenía en la espalda, y que intentaba tocar con la trompa sin conseguirlo, porque estaba demasiado lejos para que pudiera

alcanzarlo. Jaime se dio cuenta de que el granito lo molestaba mucho, y entonces se acercó un poco más y se lo rascó. Como le pareció que al elefante le gustaba lo que había hecho, se lo volvió a rascar. Y en efecto, al elefante le gustó mucho porque lo miró con ojos aún más simpáticos y le dio la trompa como si fuera la mano, porque esa es la manera en que los elefantes saludan. Y así estuvieron un poquito más, Jaime rascando el granito del elefante, y este mirándolo con agradecimiento y dándole la mano –perdón, la trompa– de vez en cuando.

Pero entonces llegó su padre, dispuesto a jugar su partido de fútbol con Jaime. En cuanto vio lo que estaba pasando corrió hacia él, lo cogió en brazos y lo sacó de allí. Poco después llegaron la policía y los bomberos, que estaban buscando al elefante por todos lados. Pero la verdad es que no sabían cómo llevárselo de vuelta al circo. Nunca habían tenido que detener a un elefante. A estafadores y ladrones sí, pero a elefantes no. Con ellos venía el director del circo, que llevaba un traje con un chaleco de color rojo. A Jaime lo impresionó mucho porque nunca había visto antes un chaleco rojo. El director era calvo y un poco gordito, y tenía unos bigotes negros torcidos hacia arriba. Jaime les explicó a su padre y al director que el elefante había sido muy simpático con él, y que no le había hecho ni pizca de daño. Su padre conocía a Jaime y vio que decía la verdad. El director conocía al elefante y vio también que Jaime decía la verdad. Entre los dos convencieron a los policías y a los bomberos de que no trataran mal al elefante, y sobre todo que no le dispararan una de esas balas con somníferos que tenían preparadas para hacerle dormir y poder llevárselo luego con una grúa de regreso al circo. Y en efecto, en cuanto se acercaron el director y Jaime (de la mano de su padre, que no estaba dispuesto a soltarlo) a él y le pidieron que volviera a su jaula, el elefante se levantó y emprendió dócilmente el camino de vuelta al circo. La ciudad de los humanos tampoco era tan interesante.

A los pocos días, Jaime fue con su hermanita Sofía y con sus padres al circo, invitado por el director. Cuando comenzó el número de los elefantes, el que se había escapado –que según les dijeron se llamaba Lorenzo–, en cada vuelta que daba por la pista giraba la cabeza para mirar a Jaime al pasar y lanzaba un berrido de alegría con su trompa, que era contestado por otros berridos de los demás elefantes que desfilaban con él. Probablemente, Lorenzo ya les había contado en el lenguaje especial de los elefantes lo que había pasado, y ya todos sabían que Jaime era amigo suyo y de todos los elefantes.

Después de la función, Jaime fue con sus padres y su hermana a ver a Lorenzo. Al llegar frente a su jaula, Lorenzo volvió a emitir un berrido de alegría, al tiempo que movía la trompa de un lado a otro, como si estuviera bailando con ella un vals para elefantes. Todos los elefantes de las jaulas cercanas

lo imitaron y empezaron a mover la trompa de la misma manera. Estaba claro: Lorenzo ya les había hablado de Jaime.

El circo se fue de la ciudad a los pocos días, pero Jaime ya se había hecho amigo de los elefantes, de todos los elefantes.

SOFÍA Y LOS CABALLOS



Ya hemos explicado que Jaime era amigo de los elefantes. Pero habíamos dicho que Sofía también tenía un animal favorito: el caballo. Sofía era amiga de todos los caballos. Esto también hay que explicarlo.

Desde muy pequeña, a Sofía le encantaron los caballos de juguete. Tuvo uno de balancín en el que podía subirse y columpiarse. Lo llamaba su caballito blanco *white*. Es que el caballo era blanco, pero además sus padres se habían empeñado en que ella empezara desde muy temprano a aprender inglés. Sofía se esforzaba por hacerlo lo mejor que podía, pero aún no estaba muy segura de lo que estaba en inglés y lo que estaba en español. De modo que prefería no tener que escoger. El caballo era blanco *white*.

Como le gustaban tanto los caballos, Sofía dijo que quería aprender a montar. A sus padres no les gustaba la idea porque les daba miedo que a una niña tan pequeña pudiera hacerle daño un caballo. Pero Sofía era una cabezota de primera división, y fue tanto lo que insistió que sus padres terminaron llevándola a un picadero cercano a su casa donde se enseñaba equitación a los niños.

Sofía estaba encantada en su clase de equitación. Además tenía una profe estupenda que se llamaba Marta, que le enseñaba muchas cosas y le daba mucha confianza, haciéndola sentir que era la mejor amazona del mundo. Marta se había dado cuenta de que Sofía se entendía bien con sus animales. Pero claro, como era pequeña, a Sofía solo la dejaban montar en los ponis. Sobre todo en uno que era gordo y pacífico, totalmente incapaz de hacer nada que pudiera hacer daño a un niño, y que se llamaba Rosquilla. Rosquilla era bonachón, y ponía tanto cuidado en la manera en que se dejaba montar por los niños como si fuera el padre de cada uno de ellos. Los padres de verdad miraban a sus hijos con cierta aprensión al verlos montados a lomos de animales, pensando que estos podían, en cualquier momento, ponerse a hacer eso, el animal. Pero no entendían que los animales no son capaces de aprender la tabla de multiplicar o las capitales de Europa, pero muchas veces saben más que los humanos de otras cosas que son bastante más importantes que esas.

El caso es que Rosquilla era inofensivo, pero también un poco aburrido. Sofía daba vueltas y vueltas encima de él por el picadero, y todas las vueltas eran iguales, porque Rosquilla había encontrado desde hacía muchos años el paso y el ritmo que le resultaban más cómodos, y por nada del mundo los hubiera cambiado, y no digamos ya acelerado. Y aunque un día hubiera ocurrido un milagro y él hubiese decidido hacerlo, sus muchos kilos de más –producto de la

buena vida en el picadero y de la comprensión de Marta, que lo tenía como su ojito derecho— se lo hubiesen impedido.

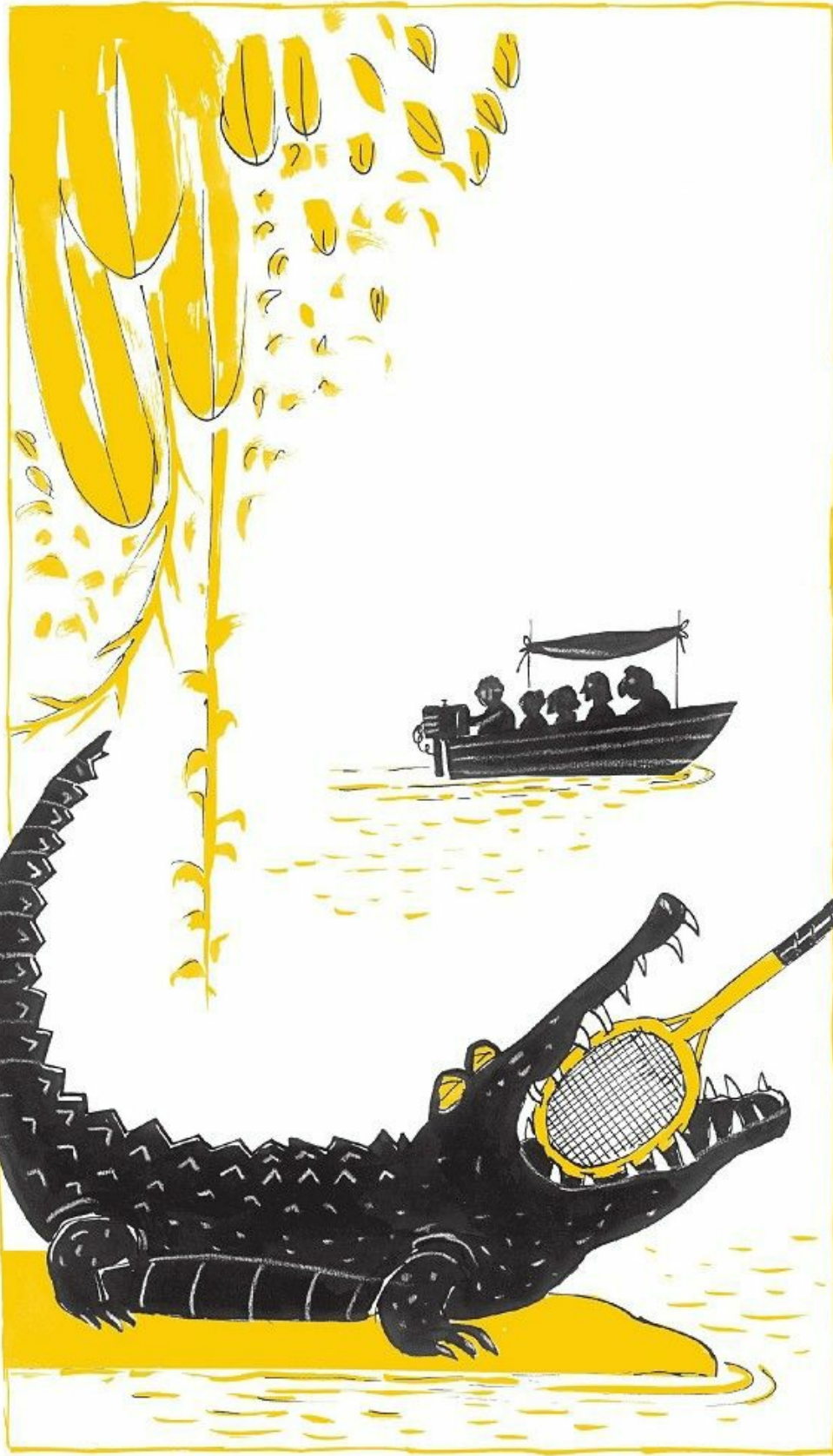
Pero en ese picadero también daban clase algunos mayores, y un día de verano llegó un señor montado en un caballo negro. Era un caballo precioso, de piel brillante, y por lo menos el doble de alto que Rosquilla. Cuando entró al picadero, el caballo ni siquiera miró a Rosquilla: sus ojos no iban a detenerse en un ser tan insignificante. Rosquilla, por su parte, lo miraba con aburrimiento, como si ya estuviera cansado de los aires de caballo de película de vaqueros que el otro se daba. El caballo estaba muy sudoroso, y también un poco agitado. Era un día de mucho calor, y parecía que su jinete lo había hecho galopar más de la cuenta y saltar obstáculos muy altos. Se veía que estaba agotado. A pesar de ello, su jinete seguía espoleándolo para que girara a derecha o a izquierda, e incluso quería que se encabritara. Estaba claro que el jinete era un poco presumido, más incluso que el caballo. Y estaba claro también que caballo y jinete no se entendían demasiado bien.

Al final, azuzado por las espuelas, el caballo terminó en efecto por encabritarse de manera espectacular. Pero el jinete, que en realidad estaba tratando de impresionar a su novia (quien acababa de llegar a recogerlo), no pudo sostenerse en la silla y cayó al suelo. El caballo se puso entonces todavía más nervioso, y empezó a dar alguna que otra coz al aire —no a su jinete, gracias a Dios— y a correr como loco por todo el picadero. Se aproximó así a donde estaba Sofía con Rosquilla, ante el horror de Marta y de sus padres, que habían venido a verla montar. Sofía no podía hacer nada, porque Rosquilla se había quedado paralizado por el terror. Él no estaba ya para esas emociones. Pero cuando el caballo se acercó de costado hacia Rosquilla, Sofía de manera instintiva, sin pensarlo, le puso la mano en el lomo y lo acarició. Al hacerlo, además, espantó a una mosca que estaba sobre el caballo y que debía de haber estado picándolo. Eso pareció calmar al caballo negro. Sofía volvió a acariciarlo. El caballo se quedó quieto al lado de Rosquilla —que seguía paralizado— y dejó que Sofía siguiera acariciándole el lomo, y que le espantara a la mosca que trataba de volver a posarse sobre él. Su jinete y Marta llegaron corriendo, lo agarraron por las riendas y lo alejaron de Sofía, pero ya no era necesario hacer fuerza para que obedeciera. La manita de Sofía lo había calmado. El caballo los siguió dócilmente hasta su establo. Mientras se alejaba, volvió la cabeza hacia donde estaba Sofía y le dedicó un relincho de felicidad. Iba a su establo, donde lo lavarían y le darían de comer, y donde podría descansar después de un día muy pesado con ese jinete que no sabía cómo montar.

Marta fue hacia donde estaba Sofía, acompañada de sus padres. Rosquilla, entre el miedo que aún tenía y sus kilos de más, seguía sin moverse de su sitio. Bajaron a Sofía del poni y lo abrazaron. Pero no le dijeron nada, en parte por el

alivio de ver que estaba bien, y en parte porque se daban cuenta de que algo muy extraño había sucedido. Marta, que conocía bien a los caballos, lo había comprendido mejor que nadie. Sofía, en lugar de empezar a gritar de terror cuando se acercó el caballo negro, lo había conseguido calmar simplemente colocando su manita sobre su lomo y acariciándolo. Eso no era normal. Sofía debía de tener un don especial para conectar con los caballos. Ya le había parecido que era así con los ponis, pero estos eran tan simpáticos y tan tranquilos que no le había dado importancia. Lo del caballo negro era otra cosa. Sofía se entendía bien con los caballos. Ella era su amiga, y los caballos eran los amigos de Sofía.

EL COCODRILO DE YIBUTI



Los padres de Jaime y de Sofía habían decidido que había que conocer África. Ya estaba bien de ir siempre a los mismos sitios: Sevilla, Barcelona, Mallorca, una vez a París. No, África, había que ir a África. África estaba muy cerca, ahí mismo, pero nadie se acordaba de ella, y menos aún de visitarla.

Cuando sus padres les anunciaron el viaje africano, Jaime y Sofía se miraron. No sabían mucho de África, más allá de que había leones y palmeras. Pero por lo menos no iban a hacer otro viaje por España o por el resto de Europa, de esos que le gustaban tanto a su padre. A ellos no les importaba ver ciudades antiguas y monumentos, pero no aguantaban la lista interminable de catedrales y museos que su padre los obligaba a visitar. Menos mal que al final su madre acabó por inventarse un sistema que lo hacía todo más llevadero. Cada visita de esas tenía puntos: una iglesia, 5 puntos; un palacio, 10 puntos; un museo (estos eran los más pesados), 15 puntos. Al final del viaje los niños tenían que reunir 1000 puntos, y si lo conseguían (y lo conseguían siempre porque sus padres hacían las trampas necesarias para que así fuera) tenían un regalo. Gracias a eso la familia pudo recorrer con relativa tranquilidad las principales ciudades de España y algunas de Europa.

Esta vez, pensaron Jaime y Sofía con alivio, habrá menos iglesias y palacios, y muy pocos museos. Sobre todo porque el primer país al que sus padres los llevaron fue Yibuti. Sí, Yibuti. En realidad querían ir a Etiopía, del que les habían contado maravillas, pero el avión hacía escala en Yibuti, y decidieron quedarse un par de días para conocerlo. Al fin y al cabo estaban por primera vez en el océano Índico, en el golfo de Adén, en el Cuerno de África, y todos esos nombres le sonaban muy románticos a su padre, que era quien decidía estas cosas.

De modo que allí estaban los cuatro, pasando calor en Yibuti. No había realmente nada que ver, salvo el mar, que era precioso. Así que decidieron hacer una excursión en lancha a una playa cercana. Al subir a la lancha, su madre se fijó en un objeto que salía de la mochila de Jaime. Lo miró bien, y vio que era una raqueta de tenis.

Jaime había jugado el día anterior al tenis con su padre en el hotel. Su madre le había dicho esa mañana que preparase su mochila para la excursión, y Jaime se había olvidado de sacar la raqueta de la mochila.

—¿Qué llevas ahí, Jaime? ¡La raqueta! Pero bueno, ¡qué desastre eres! ¡A quién se le ocurre llevar una raqueta a una excursión en barco! ¿Qué vamos a hacer ahora todo el día cargando con una raqueta? ¡Qué desastre de niño!

Jaime no dijo nada. Tampoco era para tanto. La verdad es que le daba rabia haberse olvidado la raqueta en la mochila. Estaba garantizado que con eso se iba a ganar una regañina de su madre. Pero no pasaba nada. Si se había olvidado esa mañana de la raqueta al preparar su bolsa, igual podía olvidarse de ella el resto del día.

Y en efecto, se olvidó de ella mientras estuvieron navegando por el mar y nadando en la playa. Su padre les repitió como catorce veces que eso era el océano Índico, que tenía unas aguas transparentes, verdes y azules. Pero así era su padre. No se daba cuenta de que los niños no se olvidan de nada –al revés que los mayores, que se olvidan de casi todo–, y que por lo tanto no hace ninguna falta repetirles las cosas. Y además fastidia bastante.

Después de bañarse y de comer en la playa, el guía les propuso continuar con la excursión para ver un río que desembocaba en el mar por allí cerca. Les dijo que era el único río de Yibuti, que es un inmenso desierto, uno de los lugares más calurosos del mundo. El río solo tenía agua en la época de lluvias, es decir, en ese momento. El guía estaba muy orgulloso de que su país tuviera un río, y a sus padres les pareció feo rechazar la invitación, aunque el sol empezaba a caer y estaban ya cansados. A las miradas suplicantes de los niños para que volvieran al hotel respondieron con una cara seria, dándoles a entender que no podían ofender los sentimientos del guía. Este les hablaba con entusiasmo del río mientras navegaban hacia la desembocadura.

–Esta temporada ha llovido mucho y debe de traer mucha agua. Está aquí mismo, enseguida llegamos.

En efecto, poco después llegaron a la desembocadura y penetraron en el río desde el mar. Sus aguas eran de color marrón y estaban llenas de barro. Todo lo contrario al azul intenso del océano Índico. Era un río estrecho, con unas orillas bajas cubiertas de lodo y algunos cañaverales. El guía no dejaba de hablar.

–Fíjense cuánta agua, qué orillas más hermosas.

Para la gente del desierto, el agua es siempre una maravilla, aunque sea escasa y esté sucia.

Sofía se había fijado en un tronco que venía flotando en el agua y que se acercaba a la lancha. Se lo señaló al guía para que tuviera cuidado y no chocara contra él. Al verlo, al guía se le cambió la cara, y el terror asomó en sus ojos. Jaime, Sofía y sus padres lo entendieron todo cuando el tronco empezó a moverse en el agua.

Porque aquello no era un tronco, aunque lo pareciera, sino un cocodrilo inmenso que se iba acercando, mientras asomaba sus ojos saltones y su enorme boca, con varias hileras de dientes igual de enormes. El cocodrilo se acercó a la lancha y empezó a darle coletazos para hacerla volcar. A cada coletazo la lancha se tambaleaba, aunque era sólida y de buen tamaño, porque los golpes eran

muy fuertes. Si conseguía hacerla volcar, ninguno de sus ocupantes tenía ninguna posibilidad de sobrevivir en el agua.

El guía cogió un remo bastante grueso que llevaba a bordo por si fallaba el motor y trató de ahuyentar al cocodrilo, pero este lo rompió de un mordisco en mil pedazos, como si fuera un mondadientes. Lo mismo hizo con el segundo remo, que también empleó el guía con idéntico fin. Otro mondadientes. Cada vez se acercaba más, y cada vez abría más la boca, dejando ver sus terribles hileras de dientes. La lancha seguía resistiendo sus embestidas, pero no estaba claro cuánto tiempo más podría aguantar.

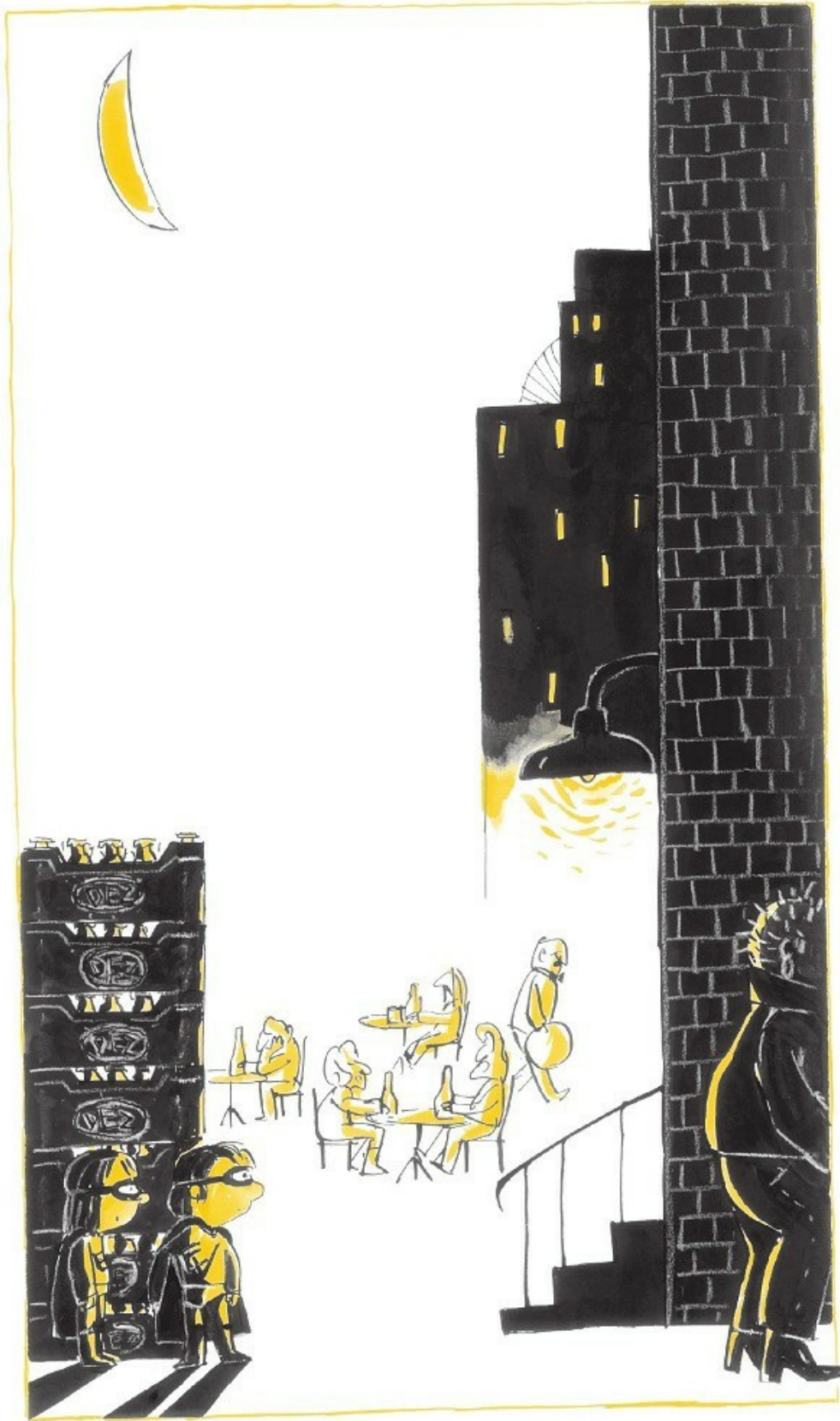
Se habían quedado sin remos y no sabían qué hacer. Entonces Jaime vio su raqueta y le dio una patada, todavía fastidiado por habérsela traído al barco. Al verla, el guía la sacó de la mochila, y aprovechó una de las acometidas del cocodrilo, como siempre con la boca bien abierta, para meterle la raqueta entre las dos mandíbulas. La raqueta se quedó allí encajada. Estaba fabricada con uno de esos materiales sintéticos modernos, muy flexibles y muy duros. Aunque el cocodrilo la había aplastado en su primera dentellada, no conseguía romperla del todo y sacársela de la boca. Se revolvió en el agua para intentarlo. El guía aprovechó ese momento para volver a encender el motor de la lancha –que había apagado ya en el río, para dejarse llevar por la corriente de vuelta al mar– y salir de allí a toda velocidad.

En el camino de regreso al hotel, y todavía con un susto morrocotudo, sus padres abrazaban a los niños, e incluso al guía (quien ya no hablaba del río, ni del mar, ni de cocodrilos, ni de nada), felices de seguir vivos. Su madre abrazaba sobre todo a Jaime.

–Y pensar que yo te eché una bronca por llevar la raqueta a la excursión, y ha sido tu raqueta la que nos ha salvado la vida. Sin ella el cocodrilo nos hubiera comido a todos. –Y le seguía dando besos.

Jaime se sentía feliz. En la familia, él se llevaba la mayoría de las broncas, pero esta vez era diferente. Seguía siendo un despistado (eso probablemente no cambiaría nunca), pero su despiste le había salvado la vida a él, a toda la familia y al guía. Jaime sonrió. Ser desordenado también puede tener su lado bueno. Por lo menos cuando uno se encuentra con un cocodrilo en un río de Yibuti.

LOS ENANITOS VENGADORES



Junto al parque donde jugaban Jaime y Sofía había un bar con una terraza. Era un bar muy bonito, y la terraza tenía un gran toldo de rayas azules y blancas debajo del cual se colocaban las mesas. Pero había un problema. A los dueños del bar les gustaba mucho la música. Bueno, eso en realidad no resultaba un problema, pero sí lo era que les gustase ponerla altísima, de día y de noche. Incluso hasta muy tarde, cuando la gente del barrio quería dormir. Y claro, no podían porque la música estaba tan alta que resultaba imposible. Los vecinos habían protestado, habían escrito cartas al Ayuntamiento, habían llamado varias veces a la policía, pero era inútil. Nadie había hecho nada, y los del bar seguían con su música día y noche a todo volumen, impidiendo dormir a los habitantes del barrio. Además, solía haber mucha gente alrededor del bar que gritaba y se emborrachaba, y no faltaban tampoco los que vomitaban o hacían sus necesidades en la calle. Todo eso les parecía fenomenal a los del bar mientras los clientes siguieran llegando y gastándose allí su dinero.

La verdad es que el bar estaba siempre lleno, y el negocio debía ir de maravilla. Eso sí, quienes vivían en el barrio no iban nunca para no ayudar a quienes les estaban haciendo la vida imposible. Pero venía hasta allí gente de toda la ciudad, porque donde ellos vivían no les dejaban hacer nada de eso. Ni estar en una terraza con la música a todo volumen hasta tardísimo, ni emborracharse en la calle, ni vomitar o hacer pipí en las esquinas. Si los veían hacer esas cosas les ponían una multa, o los llevaban a la cárcel. Pero en el bar de la plaza no, allí no les pasaba nada.

Jaime y Sofía tampoco podían dormir por las noches. Cuando se levantaban para ir al cole estaban muertos de sueño y sus notas cada vez eran peores. Por no hablar del humor de sus padres, que con la falta de sueño estaban imposibles.

Ellos eran solo dos niños pequeños, pero cuando veían que alguien, fuese quien fuese, se portaba mal con los demás, o era injusto, o abusaba del que era más débil, se indignaban muchísimo. De verdad, no lo podían soportar. Y eso que las injusticias y los abusos eran cosa de todos los días: en el cole, en el parque, por la calle.

Jaime y Sofía empezaron a discutir su plan.

Una noche, sin hacer ruido, dos sombras bajitas salieron de su casa, situada al otro lado del parque, y se dirigieron hacia el bar. Las dos sombras llevaban un disfraz de Superman. Uno era de color azul, con una capa del mismo color, y el otro, igual que el anterior, pero de color rosa, también con su capa y todo. A

ambos se los habían traído los Reyes Magos unos meses antes. Cada una de las sombras llevaba puesto además un antifaz –también azul y rosa, respectivamente–, y sobre la pechera se habían pegado dos grandes letras entrelazadas: EV.

Eran los Enanitos Vengadores. Jaime y Sofía habían decidido que tenían que hacer algo contra la injusticia y los abusos, que no podían quedarse así como si nada. A partir de ese momento ellos serían, siempre que fuera necesario, los Enanitos Vengadores. Solo saldrían de noche, siempre con su disfraz y su antifaz.

Amparándose en la oscuridad, y andando muy pegados a las paredes de las casas, se fueron acercando al bar. Al pasar junto al parque vieron a Filomena, a Úrsula y a Leocadia, las tres ardillas que vivían en los árboles de allí. A todos los niños del parque les encantaba perseguirlas para jugar con ellas. Las tres estaban sentadas sobre la rama de un árbol, porque también a ellas les impedía pegar ojo la música del bar. Cada ardilla llevaba puesto su gorro de dormir, ya que Filomena, Úrsula y Leocadia nunca dormían sin él. Cada gorro tenía bordadas sus respectivas iniciales: la F, la U y la L.

Los Enanitos Vengadores siguieron su camino en silencio. En el barrio, las luces se encontraban apagadas y todo estaba tranquilo. Todo menos el bar, claro, que estaba muy iluminado y del que salía sin parar música a todo volumen. Era ya primavera, y con el buen tiempo las mesitas de la terraza estaban a rebosar de gente que hablaba y reía.

Los Enanitos Vengadores se deslizaron sin ser vistos hacia la puerta trasera del bar, que estaba en una calle donde no solía pasar casi nadie. Bueno, alguien había, porque tuvieron que dar un rodeo para que no los descubriera un jovencito que estaba haciendo pipí contra la pared. Llegaron a la puerta y se asomaron al interior del bar. No se veía a nadie. Entraron con mucho cuidado y se dirigieron hacia el equipo de música, que estaba muy cerca de la puerta por donde habían entrado. Ellos ya lo sabían, porque pocos días antes habían ido al bar para pedir a los dueños que les pusieran, por favor, una canción de cumpleaños –Feliz, feliz en tu día, amiguito que Dios te bendiga– para uno de sus amigos del parque, que ese día cumplía años.

–Es que como la música la ponéis tan alta, la podremos escuchar todos estupendamente desde el parque –dijo Sofía.

Los dueños del bar los habían echado con cajas destempladas. Les dijeron que en su bar solo se ponía música progresiva, de vanguardia. No pensaban poner música para niños, y menos aún esa ridícula canción de cumpleaños.

A Jaime y a Sofía no les importó que los echaran del bar. En realidad la visita había sido solo un pretexto para mirar cómo era el local por dentro, y sobre todo dónde se encontraba el equipo de música. Se volvieron a casa muy

contentos, porque en efecto estaba muy cerca de la puerta trasera, por donde ellos planeaban entrar.

De manera que esa noche, los Enanitos Vengadores se acercaron sigilosamente al equipo de música del bar. Llevaban un disco compacto en la mano que habían grabado ellos mismos unos días antes en el karaoke de sus padres, aprovechando que no estaban en casa. Dejaron que siguiera la música que estaba sonando, y colocaron el disco compacto en el aparato para que fuera el próximo que sonara en el equipo, una vez que se terminara el que en ese momento inundaba el barrio de decibelios metálicos. Una vez finalizada la operación, salieron tan silenciosamente como habían entrado, tomando precauciones para que nadie los viera, y regresaron a su casa.

Al cabo de unos veinte minutos el barrio entero se quedó sorprendido cuando el estruendo de la música se interrumpió de repente y fue sustituido por unas voces también desahoradas –nadie había cambiado el volumen del equipo, porque nadie se había dado cuenta de lo que habían hecho los Enanitos Vengadores– que decían:

SOMOS LOS DEL BAR
Y NOS MOLA MOLESTAR.
SI OS ESTAMOS FASTIDIANDO,
A NOSOTROS NOS DA IGUAL.
NOS IMPORTA UN PITO
SI OS PARECE BIEN O MAL.
YEAH, YEAH, OH, YEAH.

Las palabras sonaban con mucho ritmo.

CON LA MÚSICA TAN ALTA,
GANAMOS MUCHO DINERO.
VOSOTROS OS AGUANTÁIS
Y NOSOTROS AL CAJERO.

SOMOS LOS DEL BAR
Y NOS MOLA MOLESTAR.
YEAH, YEAH, OH, YEAH.

Las voces continuaban gritando:

SOIS UNOS PRINGAOS
YENDO AL COLE Y LA OFICINA.
Y SI NO PODÉIS DORMIR,
OS TOMÁIS UNA ASPIRINA.
SI EL BARRIO ESTÁ HECHO UN ASCO
CON LOS GRITOS Y EL PIPÍ,
LO SENTIMOS, LO SENTIMOS,

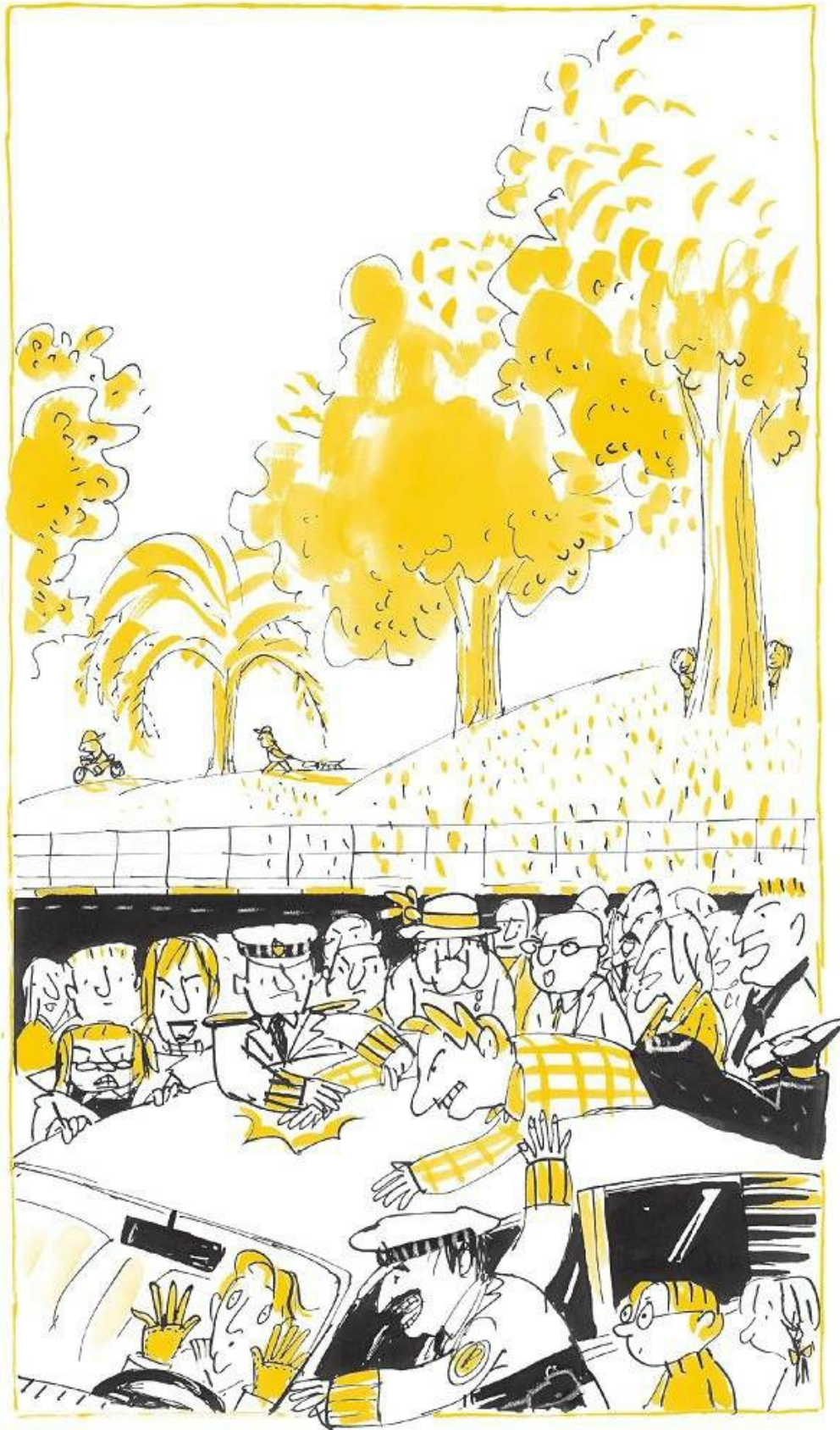
YNOS QUEDAMOS AQUÍ.

SOMOS LOS DEL BAR
YNOS MOLA MOLESTAR.
YEAH, YEAH, OH, YEAH.

Poco después, empezaron a encenderse las luces de las casas de todo el barrio. Hasta entonces, dado lo avanzado de la noche, habían estado apagadas, en un esfuerzo, en general inútil, de sus habitantes por dormir a pesar del estruendo de la música. A los pocos minutos, de los edificios comenzaron a salir los vecinos, con sus pijamas, sus batines y sus zapatillas. Todos, grandes y pequeños, fueron dejando sus casas y acercándose al bar con cara de pocos amigos, en una enorme procesión de gente silenciosa pero enfurecida. Una cosa es que la música no les permitiera dormir, y otra muy distinta esas cancioncitas «yeah-yeah» insultantes que acababan de sonar. Para entonces los dueños del bar ya habían quitado el disco compacto que los Enanitos Vengadores habían puesto, entre juramentos y preguntas a voz en grito para intentar descubrir cómo había podido colocarse algo así en el equipo. Pero ya era demasiado tarde. El bar había sido invadido por una masa de abuelitas con rulos en la cabeza, niños agarrados a sus ositos de peluche, y señores calvos con bigote que no roncaban desde hacía semanas y lo echaban muchísimo de menos. Todos se concentraron en torno a las mesas de la terraza con aire amenazante, provocando la estampida aterrorizada de los clientes, y rodeando a los propietarios. No les hicieron nada, pero les dieron a entender sin atisbos de duda que su presencia en el barrio no era grata y que no pensaban tolerarla ni un día más. Los propietarios del bar lo entendieron. Cerraron el local y se esfumaron tan pronto como pudieron, conscientes de que allí no podían quedarse ni un minuto. El bar se cerró y no volvió a oírse nunca más de ellos. Los vecinos del barrio regresaron lentamente a sus casas y, por primera vez en mucho tiempo, esa noche pudieron dormir bien.

Los Enanitos Vengadores habían actuado.

LOS ENANITOS VENGADORES-2



Ese día había muchos niños jugando en el parque. Las niñas saltaban a la comba y los niños jugaban al fútbol. Uno de ellos, Javi, había visto cómo, en un partido Real Madrid-Barça, Messi metía un gol increíble, después de regatear a medio equipo contrario. Él intentó hacer lo mismo y, claro, no le salió. El que sí se salió del parque fue el balón, que se le escapó hacia la calle, donde había bastante tráfico. Javi, acompañado de otro niño, fue a buscarlo. Sus padres les habían advertido cien veces que, si un balón se iba a la calle, no se fueran corriendo a buscarlo sin mirar si pasaban o no coches, porque les podían atropellar. De manera que los dos se quedaron quietos al borde de la acera, y miraron con angustia el balón que se había parado en mitad de la calzada. Temían que algún coche se lo llevara por delante y lo reventara. Pero no podían hacer nada. Hasta que los coches dejaron de pasar, ellos se quedarían allí quietos, como sus padres les habían enseñado.

Afortunadamente, ningún coche pisó el balón. Los conductores lo vieron en la calle, frenaron un poco y se desviaron con cuidado para no tocarlo. Javi suspiró aliviado y, cuando todos los coches hubieron pasado, se preparó para correr hasta el centro de la calzada para recogerlo. Pero cuando ya tenía un pie en el asfalto, tuvo que detenerse y dar un salto hacia atrás para volver bruscamente a la acera. De repente había aparecido otro coche que venía disparado. Era un deportivo de color rojo que debía de estar saltándose todos los límites de velocidad del código de circulación. Al revés que los coches que habían pasado antes, el deportivo no frenó al ver el balón. Todo lo contrario. Se fue directo hacia él, se lo llevó por delante y, claro, lo reventó. Adiós balón. Adiós partido de fútbol. El niño que había acompañado a Javi se echó a llorar. Ambos pudieron ver claramente la cara del conductor, quien después de destrozar el balón los miró con indiferencia e hizo un gesto como si no le importara nada lo que había sucedido.

Al día siguiente, cuando ya los niños volvían a su casa después de jugar un día más con sus amigos en el parque –solían hacerlo a la hora de la merienda, después de volver del colegio– un grupo de ellos fue a cruzar la calle por un paso de cebra, mirando bien primero que no viniera ningún coche. Habían empezado a cruzar cuando volvió a aparecer el deportivo rojo del día anterior. Esta vez fue mucho peor. A pesar de que los niños estaban ya cruzando la calle y de que tenían preferencia por el paso de cebra, el deportivo no se paró y por poco atropella a uno de ellos. En el último momento, el niño pudo cruzar a toda prisa, pero se dio un susto morrocotudo y volvió a su casa llorando.

En ese grupo estaban Jaime y Sofía, quienes se fijaron en el modelo del coche y en su matrícula. Jaime había sido uno de los que el día anterior estaba jugando al fútbol, y vio desde lejos cómo el deportivo rojo había reventado el balón.

Esa noche, cuando sus padres ya se habían acostado, dos sombras pequeñas salieron de un portal cercano al parque con sus disfraces de Superman y sus antifaces azul y rosa respectivamente. En la pechera llevaban una E y una V entrelazadas. Eran los Enanitos Vengadores.

Comenzaron a dar vueltas por el barrio, fijándose bien en todos los coches que estaban estacionados junto a las aceras. Finalmente, en una calle a dos manzanas del parque encontraron aparcado el que estaban buscando: el deportivo rojo. Comprobaron que la matrícula coincidía con la del coche que esa misma tarde por poco había atropellado a un niño, y que el día anterior había reventado el balón. En efecto, era igual. La niña sacó entonces del bolsillo de su disfraz una especie de alfiler grande que clavó en uno de los neumáticos. Este no se desinfló a primera vista, pero quedó clavado en él. Los Enanitos Vengadores se dieron la vuelta y regresaron a su casa, tan silenciosamente como habían venido. Tuvieron, como siempre, mucho cuidado de que nadie advirtiera su presencia en la calle, que a esas horas estaba muy tranquila.

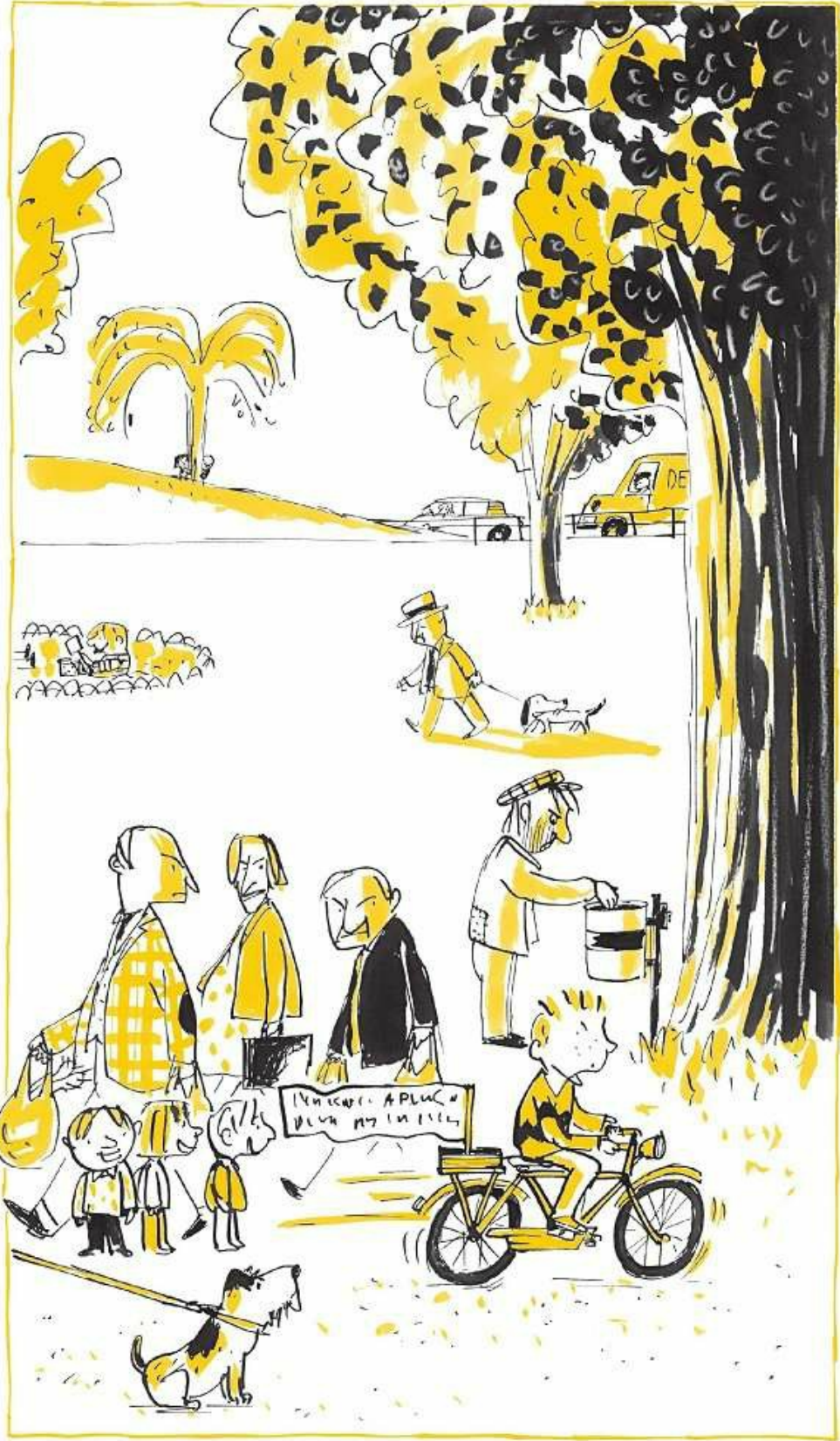
Al día siguiente los niños volvieron a jugar al parque. Algunos de ellos estaban acompañados por sus padres, porque sus hijos les habían contado los incidentes de los dos días anteriores y estaban un poco preocupados. Al cabo de un rato, el deportivo rojo volvió a aparecer. Entró en la plaza haciendo mucho ruido y doblando la esquina de nuevo a toda velocidad. Se acercó al mismo paso de cebra donde el día anterior por poco había atropellado a un niño. Pero de repente su velocidad fue disminuyendo. No porque estuviera frenando, sino porque el coche sencillamente no respondía. Especialmente una de las ruedas, que parecía estar desinflándose y giraba de forma muy rara. Esa rueda terminó por vaciarse del todo y el coche tuvo que parar. Y así se quedó, detenido justo en medio del paso de cebra.

Cuando vieron lo que estaba sucediendo, los niños empezaron a gritar y a señalar hacia el paso de cebra, diciéndoles a los padres que estaban por allí que ese era el coche del que les habían estado hablando. Todos, niños y mayores, dejaron lo que estaban haciendo y se dirigieron hacia el deportivo rojo. El conductor, al verlos llegar, se dio cuenta de que traían cara de pocos amigos. Cerró las ventanillas y el seguro de las puertas y se quedó dentro del coche, como si fuera su castillo. Javi, que estaba entre ellos, lo reconoció como el mismo que dos días antes había reventado el balón con el que jugaban al fútbol. El tráfico había quedado interrumpido porque el coche, los niños y los mayores que lo rodeaban estaban ocupando el centro de la calzada. Poco después llegó la policía. Uno de los padres explicó a los agentes lo que había

sucedido los dos días anteriores. Los policías ordenaron al conductor que saliera del coche y que los acompañara a la comisaría, hasta donde se dirigieron también algunos de los niños que presenciaron lo que había ocurrido, acompañados de sus padres. Iban a presentar una denuncia contra el conductor. Para entonces ya todo el barrio se había enterado de lo que había pasado. Algo más tarde llegó una grúa para llevarse el coche, que con la rueda pinchada no podía moverse.

Jaime y Sofía presenciaron en silencio desde el parque todo lo que había sucedido. No dijeron nada, pero estaban contentos. Los Enanitos Vengadores habían actuado. Los Enanitos Vengadores habían vuelto a actuar.

LOS ENANITOS VENGADORES-3



Jaime y Sofía estaban una tarde jugando en el parque, vigilados por su padre. Bueno, lo de vigilados es un decir, porque su padre se había sentado en un banco y se había puesto a leer el *Marca*. Y cuando su padre cogía el *Marca* ya podía llover y tronar, o pasar la orquesta municipal tocando el trombón, que él no se enteraba de nada. En fin, el caso es que estaban en el parque jugando, y en eso apareció un niño un poco mayor que ellos. No mucho mayor, pero él debía de creerse un gigante a juzgar por los aires que se daba. Jaime y Sofía lo vieron llegar, y por su forma de andar y de hablarles a los otros niños no les cayó nada bien. Y tenían razón, porque enseguida empezó a quitarles la pelota a los más pequeños. Decía que era en broma, pero los pequeños comenzaron a llorar porque no les dejaba jugar, se la quedaba él todo el rato, y encima los empujaba cuando intentaban quitársela. Al final se escapó corriendo con la pelota, dejando a algunos niños llorando y a otros callados, quietos, con los ojos muy tristes, sin saber qué hacer.

Jaime y Sofía siguieron a distancia al niño, que se había llevado la pelota hasta una calle situada al final del parque. Su padre –quien seguía sin enterarse de nada, enfrascado en el *Marca*, revisando en ese momento los resultados de la última jornada de la Tercera División de Paraguay no los dejaba salir del parque solos. Pero desde el lugar donde estaban pudieron ver que el niño tocaba el timbre de un portal cercano, y se metía en él. Poco después se abrió una ventana del primer piso, y se asomó el niño. Mirando a lo lejos, al parque donde seguían desconsolados los más pequeños, enseñó la pelota que se había llevado como si fuera un trofeo valiosísimo, y se puso la mano en la nariz, como un papamoscas, para burlarse de ellos. Algunos, al verlo, empezaron otra vez a llorar, aún más fuerte. Al cabo de un rato el mismo niño salió a dar una vuelta en su bici, pero bien lejos de los pequeños para que no lo molestaran.

Esa noche, los Enanitos Vengadores decidieron actuar. Su madre había salido, y en la tele ponían un partido de la Champions, por lo que su padre estaba pegado a la pantalla y no se enteraba de nada. Se pusieron su disfraz de Superman con la E y la V –uno azul y otro rosa– en la pechera y su antifaz, y salieron sigilosamente a la calle. Se encaminaron hacia el portal donde esa tarde había entrado el niño que les había quitado la pelota a los más pequeños, y se quedaron quietos, escondidos en la sombra de un portal cercano. Al cabo de un rato llegó un vecino del edificio, abrió la puerta y entró, dirigiéndose hacia el ascensor. Iba con prisa y no se dio cuenta de que dos sombras bajitas se colaron también en el portal detrás de él, justo antes de que la puerta se cerrara, para

perderse después en una esquina oscura del vestíbulo de entrada. Cuando el vecino cerró la puerta del ascensor, las dos sombras salieron de su escondite y vieron enseguida lo que buscaban: unas cuantas bicicletas apoyadas en la pared. Entre ellas estaba la del niño del balón. La reconocieron porque le habían visto esa tarde pasearse con ella. Todas estaban atadas con cadenas y candados, pero eso a ellos no les importaba, porque no pensaban llevarse ninguna. Sacaron algunos objetos del bolsillo de su disfraz y se pusieron a trabajar en la bici del niño. Estuvieron un buen rato y luego se fueron, tan silenciosos como habían llegado. Nadie los había visto, ni en el portal ni en la calle. En el portal, porque solo entró otra persona mientras ellos estaban dentro, y corrieron rápidamente a esconderse en la esquina oscura. Y en la calle, porque cuando pasaba un coche se ocultaron detrás de un árbol. Desde luego, el que no se enteró de nada fue su padre cuando volvieron a entrar en casa, porque el partido de la Champions todavía no había terminado; a su equipo acababan de meterle un gol, y tenía la cara lívida pegada a la tele, con aspecto de estar sufriendo mucho.

Al día siguiente por la tarde, Jaime y Sofía volvieron al parque a jugar con sus amigos. Al cabo de un rato salió de su casa el niño que el día anterior había robado la pelota. Iba montado en su bici. Se acercó hacia la zona del parque donde estaban los niños pequeños y empezó a burlarse de ellos y a decirles que era verdad, que no debería haberse llevado su pelota, porque era una pelota malísima. No se había fijado que en el portaequipajes de la bici alguien había colocado una pequeña caja de madera. En ese momento, la caja se abrió, salió un palito no muy alto, y del palito se desplegó una bandera blanca con letras rojas muy grandes que decía:

ME ENCANTA METERME CON LOS NIÑOS
PEQUEÑOS Y ROBARLES SUS BALONES

El niño no se dio cuenta de lo que había pasado porque el portaequipajes de la bici estaba en la parte trasera, a su espalda. De manera que siguió encantado paseando en su bici, mientras todos los que estaban en el parque leían lo que ponía en la bandera. Entonces los más pequeños empezaron a señalarlo con el dedo y a reírse de él, al tiempo que los mayores lo miraban con cara de disgusto. Cuando el niño se dio cuenta intentó arrancar el palo y la bandera, pero no pudo porque estaban muy bien agarrados a la caja, y esta atornillada a la bicicleta. Entonces llegó su madre, le preguntó qué significaba todo aquello, y él rompió a llorar y le contó lo que había pasado el día anterior. La madre se lo llevó a su casa con cara de muy mal humor, mientras él miraba de reojo avergonzado a su alrededor, sobre todo a los pequeños que seguían señalándolo y burlándose de él. Al cabo de un rato volvió a bajar al parque con la pelota que se había llevado y se la devolvió a quienes se la había quitado. Al

dársela les pidió perdón. Tenía los ojos muy rojos y todavía húmedos de lo mucho que había llorado.

Jaime y Sofía contemplaron la escena en silencio. Además de sus disfraces, los Reyes Magos les habían traído un juego de mecánica con el que habían aprendido a hacer muchas cosas. La caja de madera, por ejemplo.

Los Enanitos Vengadores habían vuelto a actuar.

EL DRAGÓN SINFOROSO



Los dragones tienen mala fama. Muy mala fama. Echan fuego por la boca, tienen escamas en la piel y una cola larga llena de pinchos. Además, en las estampitas siempre aparecen heridos por una lanza debajo del caballo de algún santo, a quien le sacan mucho más guapo que a ellos.

Pero hay por lo menos un dragón que es bueno: el dragón Sinforoso. Le encanta volar a gran velocidad, dar volteretas en el cielo y planear, y suele hacerlo bien alto para no dar miedo a nadie. También le gustan los helados de vainilla, y hace grandes esfuerzos para disfrazarse lo mejor que puede para ir a comprarlos sin provocar el pánico de la vendedora, o de los niños que están haciendo cola en el puesto de helados. La verdad es que no lo tiene nada fácil, y no siempre le sale bien. Una vez se disfrazó de árbitro de Primera División, pero cuando un niño que era muy aficionado al fútbol le pidió que tocara el pito para oír cómo sonaba, él intentó complacerlo (el dragón Sinforoso trataba de complacer a todo el mundo siempre), pero cuando se puso a soplar le salió una llamarada de fuego por la boca que arruinó su camuflaje y provocó una desbandada general. También lo entusiasma la música, sobre todo el *rock and roll*, que baila de maravilla, aunque necesita espacios bastante grandes para poder mover la cola al ritmo de la música sin causar estragos.

Pero lo que más le gusta al dragón Sinforoso son los niños. Él es un dragón muy jovencito –tiene solo 89 años, que para un dragón no es nada–, y es normal que le encante jugar con ellos, por ejemplo al escondite (aunque con lo grande que es suele perder siempre), o irse con ellos a comer una pizza. El problema, claro, es que en general los niños salen corriendo en cuanto lo ven.

Pero no todos. Un día estaban Jaime y Sofía en la calle durante las fiestas de San Sebastián, y al doblar una esquina aparecieron los gigantes y cabezudos. Ellos nunca habían visto antes gigantes y cabezudos, y les parecieron enormes y horribles. Además, venían dando vueltas y bailando hacia donde ellos estaban, y les entró un miedo terrible. Entonces el dragón Sinforoso, que estaba volando muy alto por allí cerca, vio lo que pasaba –los dragones tienen una vista de lince, y como siempre estaba buscando niños, para ver si podía jugar con ellos– y se lanzó en picado hacia los gigantes y cabezudos mientras les decía:

–¡Atrás, mequetrefes! ¡Atrás, enanitos miserables!

Los llamó enanitos porque, aunque los gigantes y cabezudos eran muy grandes, el dragón Sinforoso lo era aún mucho más. Los gigantes y cabezudos

huyeron despavoridos, y Jaime y Sofía se quedaron asombrados mirando a ese extraño ser que acababa de venir en su ayuda. Antes de que les pudiera entrar miedo, el dragón Sinforoso les hizo un guiño y les dijo:

–¿Me dejáis jugar con vosotros? Me encantaría jugar con vosotros. Siempre estoy buscando niños para jugar con ellos, y la verdad es que no tengo mucha suerte. O los asusto, o vienen sus padres y se los llevan enseguida dando gritos. ¡Porfa, porfa, decidme que sí!

Y al decirlo movía hacia arriba y hacia abajo su cabeza de dragón para tratar de convencerlos.

Sus padres no estaban allí en ese momento, porque con el lío de los gigantes y cabezudos Jaime y Sofía se habían separado un poco de ellos. De hecho, sus padres estaban desesperados buscándolos. Pero el caso es que no estaban allí: un problema menos. Sofía le contestó:

–¿Y a qué podemos jugar contigo? Tú eres enorme y nosotros somos pequeñitos.

–Podemos dar un paseo volando, si queréis.

Os puedo llevar por encima de la Concha y de la isla de Santa Clara – propuso el dragón.

–¿De verdad que podemos volar contigo? –preguntaron ellos asombrados.

Jaime pensó que era un planazo. En ese momento se dio cuenta de que el dragón Sinforoso sentía cierta molestia en los ojos. Como había echado algo de fuego por la boca para asustar a los gigantes y cabezudos, el fuego había provocado mucho humo, y el humo se le había metido en los ojos. Es algo que les pasa con frecuencia a los dragones. Se veía que los tenía un poco irritados, y lloraba. No era conveniente que se metiese sus pezuñas en los ojos para aliviarse. Podía pasar cualquier cosa. De modo que Jaime se sacó del bolsillo unas gafas de sol que le había comprado su madre esa mañana.

–Toma, pónelas. Te vendrán bien para protegerte los ojos. Sobre todo si vas a salir volando.

–Anda, muchas gracias. Es verdad que me van a venir bien. Oye, y vosotros, ¿cómo os llamáis?

Jaime y Sofía le dijeron sus nombres, y el dragón les replicó que él se llamaba Sinforoso.

Mientras hablaba con los niños, no paraba de tocarse las gafas para colocárselas bien. Se veía que le habían encantado.

–Venga, subid, vamos a dar una vuelta.

Jaime y Sofía no se lo pensaron mucho, porque si llegan a hacerlo se hubieran acordado de que sus padres siempre les habían advertido que no debían irse nunca con extraños, y menos aún con dragones. Así que se subieron sobre el lomo de Sinforoso. Las escamas y las aletas que tenía les permitieron agarrarse a

algo firme y seguro, porque los dragones –al revés que los aviones– no llevan cinturón de seguridad.

Sinforoso despegó a toda velocidad, y enseguida estuvieron sobre el Bulevar. Desde allí se dirigieron volando hacia la Concha. Sinforoso les iba contando algo de su vida.

–Es una pena que los dragones tengamos tan mala fama. Claro, que yo también lo entiendo, con los primos que tenemos: cocodrilos, caimanes, serpientes. Por no hablar de nuestros antepasados, los brontosaurios, tiranosaurios y dinosaurios. Pero no es justo, no es justo. Yo soy un dragón bueno, un dragón niño, y a mí lo que me gusta es jugar con otros niños. Oye, Jaime, ¡estas gafas MOLAN! –exclamó y se puso a dar vueltas sobre la bahía. Se acercaban al monte Igueldo y al parque de atracciones que tiene en su cima, que a Jaime y a Sofía les encantaba.

–¡Baja, baja un poco más, por favor! ¡Queremos ver los caballitos y la carrera de tortugas! Son nuestras dos atracciones favoritas.

Sinforoso bajó un poco pero no demasiado, porque no quería asustar a quienes estaban en el parque de atracciones. Sobre todo a los padres, porque su experiencia era que los niños se asustaban mucho menos que los mayores. Siguió volando y se metió un poco hacia mar abierto, fuera de la bahía.

–Quiero enseñaros algo. A ver si lo encuentro. ¡Ahí está!

Sinforoso bajó en picado y se quedó volando en círculos a poca altura de las olas. Entonces salió del agua una cabeza que lo saludó con una voz ronca.

–Hola, Sinforoso. ¿Qué haces tú por aquí? ¿Y quiénes son esos niños?

–Rogelio, te presento a Jaime y a Sofía. Niños, este es el tiburón Rogelio. Pero no os asustéis, no hace nada. Tiene un poco de mal genio, es verdad, pero no se ha comido a nadie desde hace muchísimos años. Yo creo que se ha vuelto vegetariano. –El tiburón Rogelio dio un gruñido que significaba que el comentario no le había hecho ninguna gracia–. Eso sí, su mejor amigo es el cocodrilo que se zampó al Capitán Garfio.

–Sí, somos amigos de toda la vida. Decía que el Capitán Garfio era muy huesudo, que pinchaba bastante.

El Capitán Garfio no era el personaje favorito de Jaime y de Sofía, pero aun así el comentario del tiburón Rogelio los impresionó un poco. Sinforoso se dio cuenta y se despidió de él. Algo más allá vio otra aleta que avanzaba por el mar a gran velocidad, y se acercó también un poco. Era la aleta de un delfín, que al ver a Sinforoso dio un gran salto sobre las olas.

–Hombre, Sinforoso, qué alegría verte.

Y dio otro salto, aún más alto que el anterior. Sinforoso les dijo que era el delfín Leopoldo, y que no se comía a nadie, sino que, al revés, le chiflaba jugar

con los niños, lo mismo que a él. Sofía había nadado una vez con delfines y estaba entusiasmada con sus saltos.

–Hola, Leopoldo –le dijo–, ¿puedes saltar de nuevo?

Leopoldo volvió a saltar, encantado de tener público que apreciara su talento. Siguieron jugando un rato los cuatro, Leopoldo nadando y saltando y Sinforoso volando sobre él con Jaime y Sofía encima, hasta que Sofía pensó que tenían que regresar a casa.

–Oye, Sinforoso, creo que tenemos que volver ya. Papá y mamá no tienen ni idea de dónde estamos y deben de estar preocupadísimos. Creo que si no volvemos pronto a casa se va a armar una buena.

–A los padres les encanta preocuparse. Se preocupan siempre, hagamos lo que hagamos los niños –contestó Sinforoso.

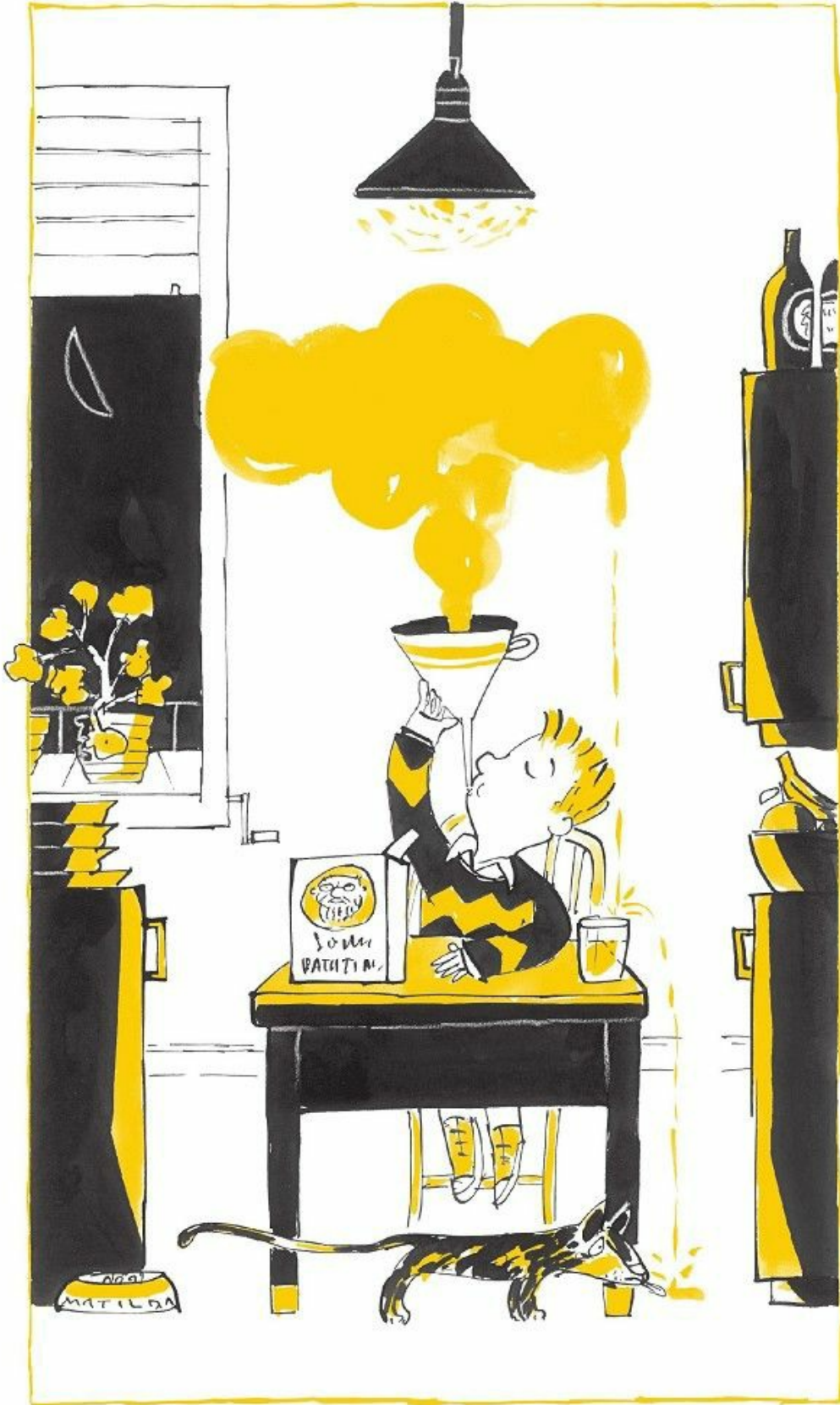
–Vale, puede que tengas razón, pero creo que debemos volver.

Sinforoso se resignó a dar media vuelta, y en un abrir y cerrar de ojos regresó a la costa y los dejó en un lugar discreto para no llamar la atención. Fue en un recodo del camino de subida al monte Urgull, muy cerca de su casa. Jaime y Sofía eran un poco vagonetas y no les gustaban mucho las excursiones por los parques a las que les llevaban sus padres (después de grandes discusiones), sobre todo si eran cuesta arriba, pero pensaron que el vuelo con Sinforoso valía la pena pese a tener que hacer ahora el camino que les quedaba hasta llegar a su casa. Y además, ese camino era esta vez cuesta abajo.

–Jaime, quiero pedirte algo. Estas gafas me encantan. Me vienen estupendamente para volar sin que me dé el viento en los ojos. Y me protegen del humo del fuego que me sale a veces por la boca. Además, creo que no me sientan nada mal. –Se puso un poco colorado porque era un dragón bastante tímido–. ¿Crees que me las puedo quedar?

Jaime le dijo que se las regalaba. Sinforoso le caía bien, era su amigo. No sabía si su amistad podría ir muy lejos, porque era complicado quedar en el parque con un dragón. Pero claro que le daba las gafas. Ya se inventaría algo en casa cuando su madre le preguntara qué había hecho con ellas, seguro que se lo iba a preguntar. Y seguro que también iba a querer saber otras muchas cosas, lo mismo que su padre. Pero bueno, ya se arreglarían. Lo habían pasado muy bien. Se despidieron de Sinforoso. Lo vieron alejarse por el cielo, encantado con sus gafas de sol, y se volvieron caminando a su casa. Probablemente les esperaba allí una conversación complicada con sus padres, pero la aventura había valido la pena.

LOS INVENTOS DEL PROFESOR FATATINI



El profesor Patatini era un famoso físico nuclear que había recibido numerosos premios en todo el mundo por sus trabajos de investigación. Dirigía un laboratorio de física en una universidad muy importante. En él trabajaba sin descanso desde hacía muchos años, porque era ya bastante viejo. Únicamente se tomaba unos pocos días de vacaciones cada año, que pasaba siempre en Disneylandia, porque le encantaba montar en el barco volador del Capitán Garfio.

El profesor Patatini era bajito, un poco regordete, y estaba casi completamente calvo. Solo a ambos lados de la cabeza le crecían sobre las orejas unos rizos muy blancos. También su barba era blanca, y le llegaba hasta el cuello de la camisa. El profesor Patatini se cambiaba la camisa lo menos posible, hasta que su mujer se daba cuenta y lo obligaba a hacerlo. Solía llevar una bata blanca de investigador que le daba un aspecto impoluto. Solo el cuello de la camisa, que asomaba de vez en cuando y estaba bastante negro, y sus gafas de montura dorada rompían esa blanca apariencia.

Por lo general se pasaba el día en su laboratorio, trabajando sin parar. Pero a veces, cuando alguien hacía o decía algo que lo indignaba, el profesor Patatini se ponía de un color rojo intenso y lanzaba largas peroratas, en ocasiones vociferantes, en defensa de los principios que, según él, esa persona había ultrajado. El color rojiblanco que en esos momentos adquiría el profesor Patatini creaba en él un efecto «Atlético de Madrid» que no le importaba mucho, porque era colchonero. Entonces parecía que ya no era tan bajito, sino que crecía unos cuantos centímetros –quizás ayudado por su dedo índice levantado hacia el cielo, invocando su apoyo para lavar los ultrajes cometidos–, mientras abrumaba con su indignación al desafortunado que había despertado su ira. Luego volvía súbitamente a calmarse y regresaba con tranquilidad a sus experimentos, como si no hubiera pasado nada, dejando un tanto confuso a su interlocutor.

El profesor Patatini tenía además un secreto. Estaba ya un poco harto de la física nuclear, porque sabía que sus descubrimientos eran utilizados para fabricar más bombas atómicas, y a él no le gustaban nada las bombas atómicas. De manera que había decidido dedicarse cada vez menos a la física nuclear, haciendo lo justo para que en la universidad no se dieran cuenta de nada. En lo que en cambio empleaba cada vez más tiempo cuando se encerraba en su laboratorio era en sus inventos para los niños. En realidad eran inventos pensados para sus nietos. Tenía varios y los adoraba. No solo los adoraba: le

encantaba jugar con ellos. Una vez su hija, que estaba buscándolo por toda la casa, lo encontró escondido dentro de una cabaña que sus nietos habían construido con colchas, sábanas y sillas en una esquina de su habitación.

–Ya no tienes edad de hacer esas cosas –le dijo, pero se dio cuenta de que él no pensaba hacerle caso. Y como estaba siempre jugando con sus nietos, ellos también lo querían muchísimo. Y le quisieron mucho más cuando empezó a construir sus inventos, los famosos inventos del profesor Patatini. Estos son algunos de ellos:

La Nube de Sopa

Los nietos del profesor Patatini odiaban la sopa. De modo que él inventó la Nube de Sopa, pensada para los niños que odian la sopa y se niegan a tomársela. Y también para las madres que se ponen de los nervios tratando de obligarlos a que se la coman.

Después de largas y profundas investigaciones, el profesor Patatini descubrió unos polvitos que tienen un enorme poder calorífico. Esos polvitos se echan a la sopa, y en pocos segundos la calientan tanto que se evapora y se convierte en una nube: La Nube de Sopa. Hay diferentes clases de polvitos para los diferentes tipos de sopa. También cambia el color de la nube que se forma: amarillo para el consomé de pollo; verde para la de calabacín, y roja para la de tomate. Cada niño acaba teniendo su color favorito, y todos terminan tomando encantados la sopa del color que más les gusta. Al final les da igual de qué sea la sopa, o el sabor que tenga. Es decir, exactamente lo contrario de lo que alegan para no tomársela en su forma líquida.

Igualmente varían las texturas de la nube: ligera y aérea la del consomé, y oscura y pesada, como de tormenta, la del puré de lentejas. Aunque ha dedicado largas horas a investigar el tema, el profesor Patatini aún no ha descubierto la fórmula científica para conseguir hacer una nube de fabada. Evaporar en un instante el chorizo y la morcilla no es sencillo, pero el profesor Patatini sigue investigando. El profesor Patatini no se rinde nunca.

Una vez evaporada la sopa y convertida en nube, el niño o la niña que se la vaya a tomar debe agarrar enseguida un embudo muy ancho que viene incluido en la caja de La Nube de Sopa, junto con los sobres de polvitos: uno para la sopa de pollo, otro para la de tomate, etc. El niño debe colocarse con el embudo debajo de la nube, meterse el tubito en la boca, y tratar de que el embudo permanezca siempre debajo de la nube para que la sopa termine en su boca y no se derrame por el suelo. Hay que hacerlo muy rápido porque, una

vez que la sopa se transforma en nube, esta se enfría rápidamente y vuelve a su estado líquido, en forma de lluvia de sopa. Gracias al embudo, los niños con un poco de práctica pueden beber toda esa lluvia de sopa sin derramar una gota. De todas maneras, por si acaso, es aconsejable utilizar La Nube de Sopa solo en la cocina y con ropa fácil de lavar, sobre todo cuando se está en la fase de aprendizaje. Utilizarla encima del televisor o de las alfombras de papá puede provocar una crisis familiar.

Los estudios científicos de la Universidad de Cincinnati demuestran que los niños que utilizan La Nube de Sopa toman tres veces más sopa que los niños que no lo hacen. Y que sus madres se mantienen más jóvenes y de mejor humor. Lo mismo que sus padres, si se tiene cuidado con lo del televisor y las alfombras.

El Radar del Hermano Mayor

El profesor Patatini tenía varios nietos, y veía cómo los mayores se pasaban el día metiéndose con los más pequeños. Lo hacían sin mala intención, pero la verdad es que terminaban haciéndoles la vida imposible. Entonces volvió a su laboratorio y se puso a investigar para encontrar una solución. Así fue como inventó El Radar del Hermano Mayor.

El Radar del Hermano Mayor es un radar normal, pero con un dispositivo muy especial. Ese dispositivo contiene una célula fotoeléctrica que detecta los movimientos de los objetos que se producen delante del lugar donde está colocado, pero solo cuando esos objetos tienen un tamaño determinado, que se puede ajustar. Por ejemplo, el radar puede programarse para que solo detecte cuerpos que midan, como mínimo, 1 metro 40 centímetros (que es lo que miden por lo menos los hermanos mayores), y no más de 1,60. Es necesario ajustar bien esa última medida, porque de lo contrario el Radar del Hermano Mayor puede convertirse en un Radar de Padres. Y un Radar de Padres le crearía al profesor Patatini graves problemas con sus propios hijos, que son los padres de sus nietos. La verdad es que el profesor Patatini pensó seriamente en inventar también un Radar de Padres, pero terminó descartando la idea para no meterse en líos.

El Radar del Hermano Mayor debe colocarse en el pasillo de la casa, entre el dormitorio de los pequeños y el de los mayores. Normalmente debe estar desconectado. Así los niños pueden jugar tranquilamente en su cuarto o salir al pasillo, sin temor a que el Radar del Hermano Mayor se ponga a funcionar. Pero si un día los hermanos mayores empiezan a portarse mal –haciendo rabiar

a sus hermanos, o quitándoles el tablero del parchís mientras están jugando—, los niños pequeños pueden conectar El Radar del Hermano Mayor para impedir que vuelvan a pillarlos por sorpresa.

¿Y qué es lo que hace el Radar? Pues hace sonar una alarma que avisa a los hermanos pequeños de que vienen los mayores. A los pequeños, como son bajitos y miden menos de 1,40, no los detecta. Así tienen tiempo para prepararse y guardar los juguetes que no desean que les quiten. El profesor Patatini pensó en versiones más avanzadas, que incluían una manguera de agua que dejaba instantáneamente calados a los hermanos mayores, pero desistió de la idea porque pondrían el pasillo perdido. También pondría perdidos a los hermanos mayores, lo cual le crearía a él graves problemas con sus madres, que lo acusarían de arruinar su ropa y de arriesgarse a que cogieran una pulmonía.

El Helicóptero de la Ropa

Los nietos del profesor Patatini eran un poco desastre. No es que fueran niños malos, pero desobedecían todo el rato a su madre, se olvidaban los libros en el colegio y traían la ropa hecha un asco. Sus habitaciones eran un desastre aún mayor, no simplemente un desastre. Según decía su madre, eran El Mayor Desastre Que Había Visto En Su Vida. Además de los cuadernos del cole en completo desorden, y de los juguetes, las muñecas y los balones de fútbol que dejaban encima de la cama, tenían toda la ropa siempre tirada por el suelo. Camisas, pantalones, calcetines, faldas, jerséis, lo que fuera. Ya podía su madre colocarla ordenadamente en el armario, que poco después acababa en el suelo. Y es que los nietos del profesor Patatini, aunque fueran tan desordenados, eran un poco presumidos, y al mismo tiempo indecisos. De manera que se probaban varias prendas antes de ponerse algo, y lo que descartaban iba directamente al suelo.

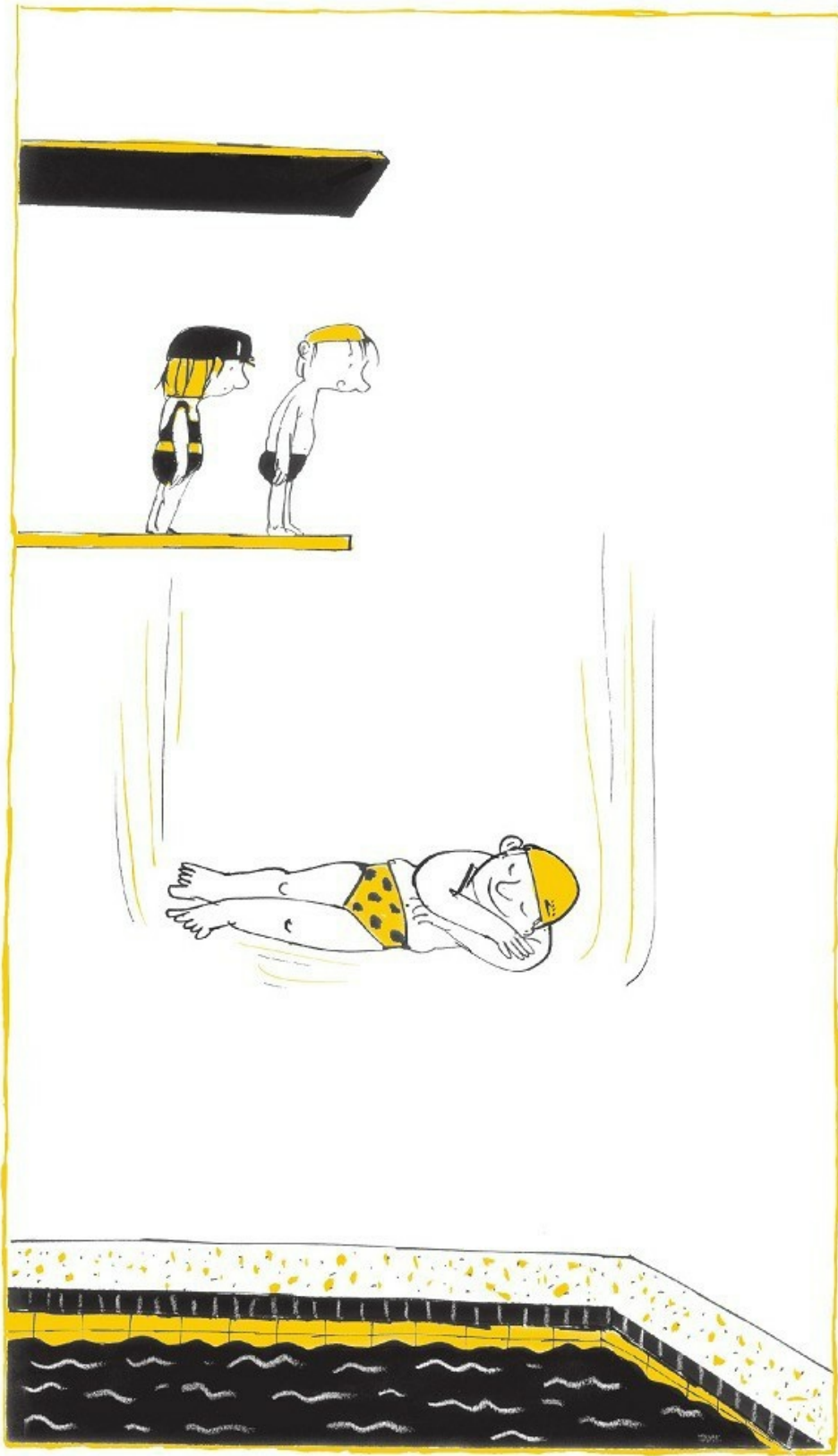
Todo eso desesperaba a su madre. Ella les repetía una y otra vez que recogieran y ordenaran todo, pero ellos no le hacían ni caso, ni siquiera cuando los castigaba. Les importaba un pito dónde estaban sus pantalones, y si estaban limpios o sucios. Les bastaba con encontrar algunos para ponérselos por la mañana, porque —eso síno pensaban ir al cole en calzoncillos.

El profesor Patatini decidió que tenía que hacer algo. Debía encontrar una solución para que sus nietos dejaran de tirar la ropa por todas partes. De manera que se encerró en su laboratorio y, tras largas jornadas de investigación, inventó el Helicóptero de la Ropa. Era un helicóptero teledirigido, no muy grande pero bastante resistente. Tenía además una particularidad: tres brazos articulados replegables, que también se controlaban desde el mando a distancia. Cuando el

helicóptero volaba normalmente, los brazos estaban replegados y no se veían. Pero cuando se convertía en el Helicóptero de la Ropa, los brazos se desplegaban y cada uno de ellos desempeñaba una función diferente. Uno de los brazos, el Abrecajones, era corto y fuerte, y servía para abrir armarios y cajones. Los otros dos brazos, los Dobladores, eran más largos. Estaban diseñados para recoger las prendas de vestir tiradas por el suelo y, entre los dos, las doblaban cuidadosamente y las colocaban en el cajón que, previamente, el brazo Abrecajones había abierto. La operación se realizaba mientras el Helicóptero de la Ropa volaba por la habitación, controlado siempre con el mando a distancia.

Los nietos del profesor Patatini aprendieron en un santiamén a manejar el Helicóptero de la Ropa. Les encantaba hacerlo despegar y volar arriba y abajo con el mando a distancia. Pero les gustaba más todavía abrir los cajones, recoger la ropa del suelo, doblarla y colocarla en sus cajones respectivos: los pantalones con los pantalones, las camisas con las camisas. Esa era una operación mucho más complicada que la de simplemente hacer volar el helicóptero. En realidad no era nada fácil. Con frecuencia la ropa se volvía a caer al suelo, sobre todo en el momento de doblarla, que resultaba lo más difícil. Pero eso sencillamente hacía que durara más el juego, que era superdivertido. En pocos días los nietos del profesor Patatini aprendieron a recoger la ropa en un tiempo récord y a guardarla en su sitio. Organizaban campeonatos para ver quién lo hacía más rápido. Sus habitaciones dieron un cambio espectacular. Ya no había ropa por el suelo, sino que estaba siempre colocada en sus cajones. Además, ellos usaban también el Helicóptero de la Ropa para recoger y ordenar los juguetes, los libros y los cuadernos del cole, siempre que no fueran muy pesados. Y los que pesaban más empezaron ellos mismos a ordenarlos con sus propias manos. Ya que el helicóptero les ordenaba el cuarto, lo menos que ellos podían hacer era ayudarlo un poco.

EL NIÑO QUE SE DORMÍA SIEMPRE



Juanito era un niño muy activo. Le encantaba correr, jugar, nadar, subirse a los árboles, hacer de todo, pero tenía un problema. Algunas veces, cuando practicaba alguna de esas actividades, se quedaba dormido de repente. Como un leño. Como un ceporro. Simplemente se le apagaban las luces.

Le pasó una vez jugando al fútbol. Era un buen jugador, un delantero centro con un regate estupendo y un disparo fuerte y preciso. Pues resulta que un día estaba jugando la final del campeonato de su colegio con sus eternos rivales, la clase A de su curso (Juanito estaba en la clase C), cuando su amigo Pepe le pasó la pelota desde el extremo. Juanito la controló, regateó al defensa, se plantó frente al portero, lo sorteó también yéndose hacia un lado, y cuando tenía el gol chupado y la portería vacía delante de él, ¡zas!, se cayó al suelo fulminado y se quedó frito. El odiado equipo de la clase A ganó el campeonato por un gol, justamente el que Juanito podría haber igualado.

En otra ocasión le sucedió en la piscina. Se subió al trampolín –no al más alto, que todavía le daba un poco de miedo– y se tiró. Estaba en el aire camino del agua cuando, ¡zas!, de nuevo se quedó también dormido. Menos mal que al entrar en el agua se volvió a despertar enseguida, porque si no se habría ahogado.

También le pasaba en clase. No era mal estudiante –tampoco era de los mejores–, y cuando el profe le hizo una pregunta de historia sobre la Edad Media, él se alegró porque se la sabía. Así podía desquitarse de la anterior que le había hecho, que trataba sobre los griegos, y en la que quedó bastante claro que de los griegos no tenía ni idea. Juanito se levantó para contestar, abrió la boca y, ¡superzas!, se volvió a caer redondo sobre su pupitre, totalmente dormido. Roncando bastante, además. Esta vez lo supo todo el colegio, donde lo empezaron a llamar Juanito, el niño que se dormía siempre.

Sus padres, claro, se preocuparon bastante. Llevaron a Juanito a varios médicos, especialistas eminentes, quienes dictaminaron que estaba perfectamente bien y que no tenía nada. «A lo mejor es que descansa poco», dijeron, y le recomendaron que durmiera más horas por la noche. Cosa que fastidió bastante a Juanito, que tenía que irse a la cama prontísimo y por eso se perdía sus programas favoritos de la tele.

Pero el caso es que, aun acostándose más temprano, Juanito seguía durmiéndose en los lugares más insospechados: jugando al Monopoly (con lo que su hermana lo desplumó); comiéndose la sopa (y poniéndose perdido de

fideos), corriendo los cien metros en la clase de gimnasia (y llegando a la meta con una hora de retraso).

Sus padres no sabían qué hacer. Tampoco en el cole sabían darles explicación alguna a su comportamiento. Juanito no sacaba malas notas, aunque a veces se despistaba un poco en clase y se veía a la legua que su cabeza estaba en otro sitio. El profe de matemáticas lo había descrito como un alumno «un poco despistado».

Un día, su padre se encontró por la calle con el profesor Patatini. Lo conocía porque sus nietos eran amigos de Juanito. Le parecía un tanto estrafalario, con sus rizos blancos a ambos lados de la calva y esas camisas que no se cambiaba en varios días. Pero era siempre muy amable, y sabía que Juanito lo adoraba, porque cuando iba a visitar a sus nietos, él a veces estaba también allí, y se ponía a jugar con ellos. De manera que le contó el problema de su hijo. –Sí, algo me han comentado mis nietos de que se duerme siempre. ¿Y dice usted que los médicos no le han encontrado nada raro? –preguntó el profesor. –Nada, dicen que no tiene nada. Pero el caso es que sigue durmiéndose. La última vez fue el sábado pasado, en la cola del cine. Se duerme en cualquier momento y situación. El único sitio donde nunca se ha dormido es en la bolera.

–¿Qué? –dijo extrañado el profesor Patatini.

–Sí, en la bolera. A Juanito lo entusiasman los bolos y va siempre que puede. Cuando empezó a dormirse en todos los sitios, yo se lo prohibí. Mi pesadilla era que se quedara dormido en el momento de lanzar la bola, que no pudiera sacar los dedos de los agujeros, y que el peso de la bola lo arrastrara por la pista hasta que su cabeza chocara contra los bolos. Y que luego, además, apareciera ese armazón automático de metal que baja hasta la pista para volver a colocar los bolos en su sitio, y que también lo pillara por en medio. No, me negué en redondo. Pero él me suplicó tanto que lo dejara ir que terminé dándole permiso. Eso sí, yo lo acompaño siempre y me coloco entre el punto donde él tira la bola y el lugar donde se encuentran los bolos, para poder lanzarme a parar la bola por si acaso Juanito se queda dormido y es arrastrado por ella antes de que llegue hasta los bolos. Pero eso no ha pasado nunca. Nunca se ha quedado dormido jugando a los bolos. Y la verdad es que juega fenomenal. Casi siempre hace pleno.

–Qué raro, qué raro. Mire, si quiere, yo podría ir a verlo un día a su casa para hacerme una idea de lo que le pasa.

El padre de Juanito lo invitó a que lo hiciera la semana siguiente.

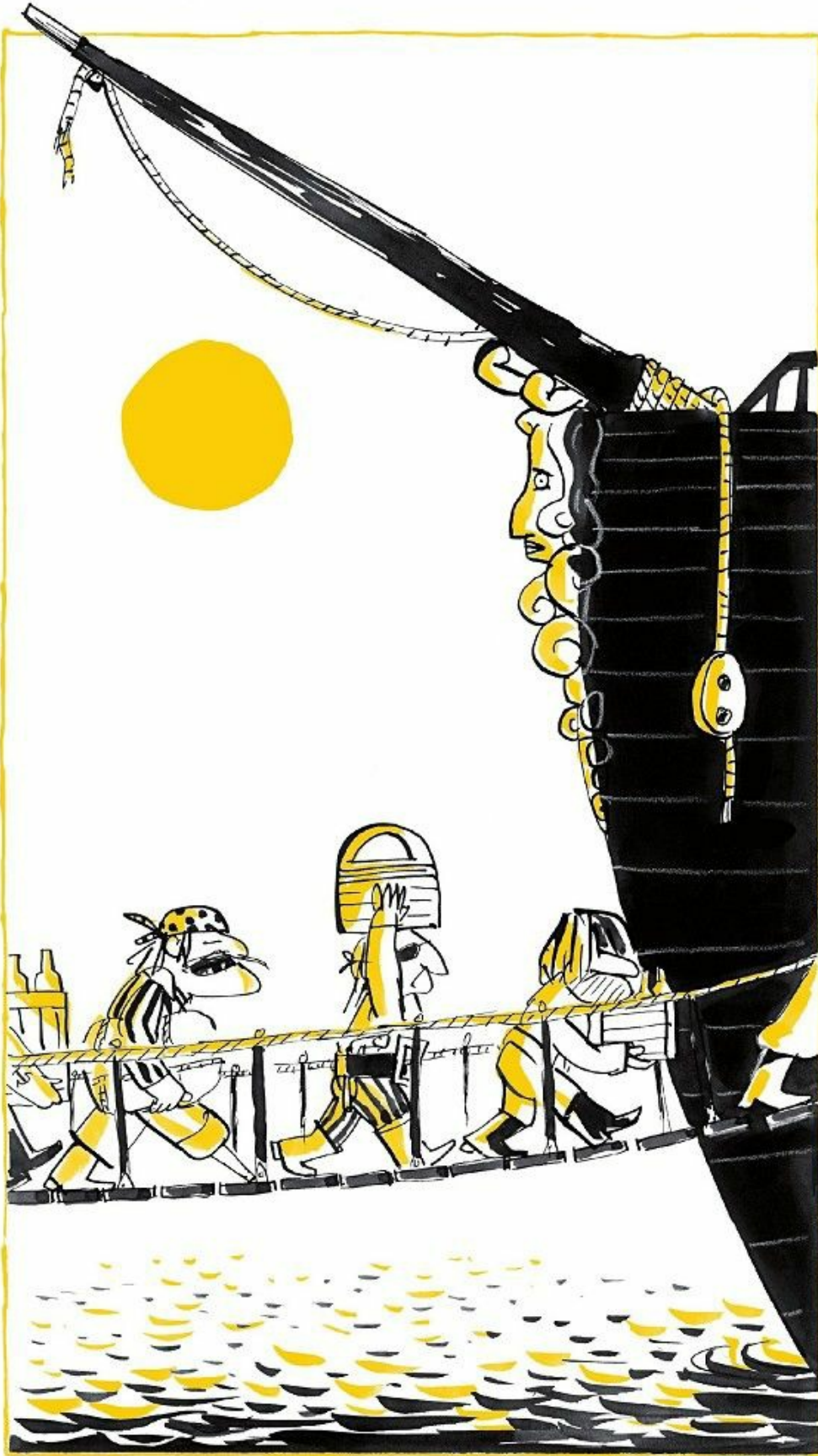
El profesor Patatini no empezó preguntándole que por qué se dormía siempre, como habían hecho los médicos que lo habían examinado, sino por los bolos.

–Oye, Juanito, me han dicho que eres buenísimo jugando a los bolos.

-No es para tanto. Bueno, no se me da mal.
-¿Te gusta mucho?
-Uy, sí, eso sí, me encanta.
-¿Y en qué piensas cuando lanzas la bola?
-En nada, no pienso en nada. Solo en apuntar bien y en derribar todos los bolos.
-O sea, que sí piensas en algo.
-Bueno, sí, pienso en eso.
-Solo en eso.
-Sí, sí, solo en eso.
-Y cuando juegas al fútbol, o te tiras del trampolín, o corres los cien metros en la clase de gimnasia, ¿también piensas solo en eso que estás haciendo?
-Bueno, sí, más o menos.
-¿Qué es eso de más o menos?
-Hombre, también estoy pensando en lo que estoy haciendo. Lo que pasa es que esas cosas no me gustan tanto como jugar a los bolos.
-Y entonces se te va un poco la olla. Vamos, que te distraes a veces un poco.
-Pues sí, a lo mejor un poco.
-¿Un poco o mucho?
-Bueno, depende. Unos días más y otros menos.
-Pues mira, Juanito. Cuando hagas una cosa, no pienses en otra. Piensa en lo que estás haciendo y nada más que en eso. Si no pensamos en lo que estamos haciendo, sea lo que sea, lo hacemos mal y nos distraemos. Y algunos como tú, hasta puede que se duerman. Pero la solución es fácil. Piensa de verdad en lo que estás haciendo. Concéntrate en ello, sea lo que sea. Piensa que es algo importante, porque es lo que estás haciendo en ese momento. Verás cómo lo disfrutas mucho más, cómo te interesas más por lo que haces, y cómo lo haces mucho mejor. Y verás cómo no vuelves a dormirte.

Y así fue como Juanito dejó de dormirse. Al principio aún seguía pasándole de vez en cuando. Cada vez que le sucedía, su padre llamaba al profesor Patatini para que volviera a hablar con él. Juanito entonces se esforzaba por hacer lo que el profesor Patatini le había recomendado: pensar en lo que hacía, no dejar que su cabeza se le escapara en cualquier dirección. Y poco a poco Juanito dejó de dormirse, excepto en su cama por la noche. Y de ese modo lo dejaron de llamar Juanito, el niño que se dormía siempre. Se quedó simplemente en Juanito.

EL PIRATA BIEN EDUCADO



Pierre era un pirata, un pirata terrible. Asaltaba las fortalezas de los españoles por todo el Caribe –Portobello, Cartagena, Veracruz–, y allí robaba, saqueaba y secuestraba. También mataba, aunque en lo posible trataba de evitarlo. Pero mataba, vaya que si mataba. Vamos, que era un pirata de verdad. Con el botín que obtenía, se fugaba en sus rápidas balandras hasta una de esas islitas pequeñas del Caribe, tan pequeñas y tan lejanas que nadie se había dado cuenta de que existían, de que estaban allí en el mapa, hasta que se convirtieron en refugio de piratas como Pierre. A partir de ese momento esas islitas con nombres muy santos –Montserrat, Providencia, Santa Lucía– fueron un dolor de cabeza para los almirantes españoles en todo el Caribe, que empezaron a planear expediciones para echarlos de allí. Porque los nombres podían ser santos, pero lo que allí hacían los piratas era cosa de demonios.

Bueno, hemos quedado en que Pierre era un pirata. Pero eso sí, era un pirata bien educado. Por ejemplo, siempre insistía en que sus secuaces –el Tuerto, el Patapalo, el Dientesrotos y todos los demás–, antes de asaltar una fortaleza, llamaran primero a la puerta. «Oigan, somos los piratas. ¿Les importa que los asalteemos? No estaremos mucho tiempo».

Los demás piratas al principio se habían resistido, porque les parecía un poco tonto tener que llamar a la puerta para entrar a robar, que es lo que hacían ellos. Pero Pierre era inflexible e insistía en que lo hicieran, y al final se habían acostumbrado. Ahora se sentían incluso un poco orgullosos de ser algo distintos de los demás piratas. A todo el mundo le gusta sentirse distinto, incluso a los piratas.

A los que en cambio no les hacía ninguna gracia todo eso era a los españoles que estaban dentro de la fortaleza a cuya puerta llamaban, y por eso solían contestarles de manera bastante desagradable:

–¡Piratas! ¡Miserables! ¡Fuera de aquí! ¡Idos a...!

Y otras cosas peores. Momento que aprovechaba Pierre para decir:

–¡Oh, qué lenguaje más horrible! Son ustedes unos deslenguados. ¡Qué decepción! Yo pensaba que los españoles eran muy refinados.

Los de la fortaleza no se dejaban impresionar y contestaban:

–Pero bueno, serás caradura. Tú eres un pirata y vienes aquí a robarnos todo y a secuestrarnos. ¿Y aún tienes la desfachatez de llamar a la puerta y de pedir permiso para hacer todo eso?

–Lo cortés no quita lo valiente –contestaba Pierre–. Mis padres me enseñaron

que antes de entrar en un sitio había que llamar a la puerta.

–Tú lo que eres es un descarado y un bandido, etc., etc. –replicaban.

Esos etc., etc. eran en general palabras muy feas que los niños no deben oír. Pierre entonces suspiraba y decía:

–Qué espanto, qué manera de hablar. ¿Veis, chicos, lo feo que es decir tantas palabrotas? –Y se volvía entonces hacia los demás piratas que lo seguían, con sus sables desenvainados y sus puñales ya listos para el asalto–. Nosotros somos piratas, pero piratas bien educados. Ninguno de vosotros ha dicho nunca ninguna palabrota, ¿a que no? –Sus secuaces negaban entonces fuertemente con la cabeza. Decir palabras feas en el barco pirata de Pierre era severamente castigado: quien lo hacía se quedaba sin postre, y a los reincidentes los dejaban además sin ron y su parte del botín–. Esos soldados de ahí, en cambio, son unos groseros. Se merecen que asaltemos su fortaleza. ¡A por ellos!

A todo esto seguía un asalto un poco extraño contra los muros del fuerte, porque en vez de los típicos insultos y alaridos de los piratas, estos saludaban amablemente a sus enemigos y les pedían excusas cuando les daban un mandoble con su sable o les cortaban la cabeza. A Pierre le había costado bastante enseñar a sus hombres a actuar de esa manera, pero al cabo de los años lo había conseguido, y ahora estaba muy contento con el resultado.

Al acabar uno de sus ataques, Pierre fue a ver al capitán español, quien se encontraba herido en el pecho, desarmado y maniatado por sus piratas, y le dijo muy educadamente:

–Mi querido capitán, qué gran honor conocerlo. ¿Cómo se encuentra usted?

–¿Cómo quieres que me encuentre, si estoy herido y preso? Eres un vulgar pirata, no quiero saber nada de ti –le soltó el español.

–Perdón, caballero, no creo que nos hayan presentado. No sé cómo se atreve usted a tutearme. Yo jamás lo haría con una persona distinguida como usted.

Siguió una larga ristra de improperios, con los que el capitán dejó muy claro que, para él, Pierre no era en absoluto una persona distinguida.

Pierre suspiró de nuevo y se quitó el sudor de la frente. Lo hizo con su pañuelo de seda con sus iniciales bordadas –PeP, Pierre el Pirata–, que llevaba siempre en el bolsillo delantero de su elegante casaca verde con ribetes dorados. Decididamente este capitán no tenía modales. Se arregló un poco la camisa de lino que llevaba debajo de la casaca. Después se alisó sus pantalones de algodón muy ligero –«Hace siempre tanto calor en el Caribe», solía decir– para que la raya se mantuviera impecable. Una raya bien recta es algo realmente importante. Finalmente se arregló sus oscuros cabellos levemente ondulados, porque en las batallas siempre se le enredaban un poco. Le había costado lo suyo enseñar unos rudimentos de peluquería y manicura a uno de sus esbirros, pero al final

lo había conseguido. Al terminar miró a su alrededor con un gesto de disgusto. El Tuerto tenía el parche del ojo medio caído, y los pantalones sucísimos y llenos de zurcidos. A Patapalo se le veían los colmillos torcidos, y los pelos negros del pecho saliéndole por encima de su camiseta de rayas blancas y azules. Y Dientesrotos tenía una barba de tres días y unos pelos desgredados que le tapaban los ojos. Había conseguido que sus piratas no dijeran palabrotas, pero su aspecto seguía dejando mucho que desear.

—A ver, todo el mundo a arreglarse un poco. No podemos presentarnos como unos pordioseros delante de estos señores españoles. ¡Qué dirán de nosotros!

El capitán español, pese a sus heridas y a las cuerdas que lo mantenían atado, volvió a decir a gritos lo que pensaba de ellos.

Los demás piratas se esforzaron por obedecer. Hacían todo lo posible por seguir las instrucciones de su jefe. Pensaban que era un poco raro, pero como jefe de los piratas era muy bueno. Solía ganar casi todas las batallas, y el botín que luego repartía era generoso. De modo que el Tuerto se apresuró a colocarse bien el parche del ojo y trató de disimular los zurcidos de los pantalones, Patapalo se metió como pudo los pelos del pecho por debajo de la camiseta de rayas, y Dientesrotos se apartó el flequillo de los ojos y corrió a buscar una hoja de afeitar. Hasta ahí estaban dispuestos a hacer caso a su capitán. A lo que no estaban dispuestos era a renunciar a la gran fiesta que pensaban organizar esa noche en cubierta, para celebrar la victoria. Correría el ron, se emborracharían, cantarían canciones de piratas y acabarían peleándose. Es decir, lo de siempre. Pierre seguía intentando convencerlos de que, en lugar de esas fiestas en las que se bebían toneles enteros de ron, se acostumbraran a brindar con el jerez robado a los españoles —«Por desgracia no es fácil encontrar champán en el Caribe», solía decir— y aprendieran a tocar el violín, pero en eso sí que no le habían hecho ni caso. Él lo deploraba, ¡oh!, cómo lo deploraba.

Por fin sacaron todo el botín de la fortaleza, y lo guardaron en unos cofres muy resistentes que colocaron en la cámara que Pierre ocupaba en el barco. A los prisioneros los ataron bien y los metieron en la bodega. Pierre se los llevaría como rehenes a Providencia, la isla donde estaba su guarida, y cobraría una buena recompensa por su rescate. Era así como luego podía repartir suculentos botines a su tripulación. Antes de zarpar, volvió a hablar con los prisioneros.

—No saben cómo les agradecería que esta noche estuvieran tranquilos y no hicieran mucho ruido en la bodega. Algunos de mis piratas tienen un sueño delicado y podrían despertarles. —Miró a sus secuaces, que empezaron a moverse nerviosamente, a silbar y a mirar a las nubes. Tenían otros planes para esa noche—. Les deseo a todos una buena travesía.

El capitán y los demás españoles le contestaron con una gran pitada,

mezclada con algunos gritos:

–¡Sinvergüenza! ¡Filibustero! ¡Nos llevas atados en la bodega y nos pides que no molestemos el sueño delicado de tus piratas!

–Ah, qué maleducados son ustedes. No tienen remedio. En fin, pórtense bien porque si no tendré que obligarlos a desfilar por la plancha para arrojarlos al agua, que por cierto está infestada de tiburones que tienen un hambre voraz. Y eso sería para mí muy desagradable, muy desagradable. Toda esa sangre, y esos dientes de los tiburones masticando a dos carrillos. Qué horror, qué horror.

Pierre era en efecto un sinvergüenza, un ladrón, un secuestrador y un bandido. O sea, un pirata. Pero eso sí, un pirata bien educado.

Estaba a punto de retirarse a su cámara cuando vio una pequeña vela en la lejanía. En seguida apareció otra, y otra, y otra más. Pronto todo el horizonte hacia el sur se cubrió de velas blancas. Pierre sabía perfectamente lo que eso significaba. Una flota tan grande en el Caribe solo podía ser española. Debía de ser la flota de Cartagena de Indias, que se dirigía a La Habana. Qué mala suerte haberse encontrado con ella. Por muy rápida que fuera su balandra, no tenía nada que hacer contra esa cantidad de galeones. Los iban a capturar, estaba claro. Pierre suspiró. Había sido divertido ser pirata, pero le iba a durar poco. Eso sí, pasara lo que pasara, no perdería los modales. Sería hasta el final el pirata bien educado.

EVANITUS MAXIMUS



Enanitus era un niño romano que vivía en un fuerte de madera con torres de vigilancia en las esquinas, situado sobre un monte y rodeado de bosques inmensos. Era un lugar donde hacía mucho frío y que estaba lejos, muy lejos de Roma. El padre de Enanitus era un centurión destinado en el País de los Bosques, por donde pasaba la frontera norte del imperio. Al otro lado se extendían los territorios de los bárbaros. Los soldados romanos estaban allí con sus familias. Siempre se las llevaban a los lugares donde los destinaban. Sus jefes decían que así pelearían hasta la muerte para defenderlos.

Al principio, los bárbaros vivían lejísimos de Roma, pero como los romanos habían ido conquistando tantos territorios, el país de los bárbaros había terminado siendo vecino suyo. Eso creaba bastantes problemas, porque antes los vecinos de los romanos eran otros pueblos más o menos parecidos a ellos, y con los que podían entenderse mejor. Pero los bárbaros eran totalmente distintos, y llevarse bien con ellos era más difícil. La verdad es que se pasaban la vida atacando a los romanos, lo cual no deja de tener su lógica. Al fin y al cabo ellos no se habían movido de su tierra. Eran los romanos los que habían llegado hasta allí. Tenían que defenderla.

El nombre completo de Enanitus era Enanitus Marcelus. Marcelus era el nombre de su familia, y Enanitus se lo habían puesto porque era un niño muy bajito. Tanto que la mayoría de la gente en el campamento lo llamaba Enanitus Mínimus. Eso lo fastidiaba bastante.

Enanitus trataba de llevarse bien con todo el mundo, hasta con los niños de los pueblos vecinos del fuerte en el que vivía, que naturalmente eran bárbaros. La verdad es que los bárbaros eran bastante raros. Para empezar, llevaban unas melenas y unas barbas larguísimas, que casi nunca se cortaban. Los niños bárbaros no iban por lo general a la peluquería, y desobedecían a sus madres bárbaras si es que ellas –lo que rara vez sucedía– les decían que se peinaran un poco (Enanitus reconocía que eso le daba cierta envidia). Solo iban al peluquero cuando los pelos se les metían en la boca a la hora de comerse los asados de jabalí que tanto les gustaban, porque el jabalí con pelos estaba malísimo. Tampoco llevaban túnicas ni uniformes como los soldados romanos, sino unos tubos en las piernas que llamaban pantalones, y unas pieles de animales que se echaban por encima de los hombros. Y para colmo no hablaban latín como los romanos, sino un lenguaje incomprensible que a los romanos les sonaba a bla,

bla, bla. Por eso les habían puesto el nombre de bárbaros, porque decían que en lugar de hablar como la gente normal solo decían bla, bla, bla sin parar.

Enanitus tenía un amigo en el pueblo bárbaro vecino del fuerte. Se llamaba Pantalonic, y en efecto iba siempre vestido con pantalones, en lugar de la túnica para niños que llevaba Enanitus.

–Son mucho más prácticos que lo que tú llevas. Con el frío que hace aquí, seguro que con esa túnica te congelas. Yo en cambio voy calentito con mis pantalones –afirmaba el bárbaro.

Enanitus no decía nada, pero en el fondo pensaba que tenía razón. En invierno le entraba un frío terrible por las piernas. Pantalonic le caía bien porque, aunque parecía un poco raro (como todos los bárbaros), era bastante simpático y se podía jugar con él a muchas cosas. Sobre todo a bárbaros y romanos, que era su pasatiempo preferido, y al que jugaban con otros amigos suyos, persiguiéndose por los bosques cercanos.

Un día, jugando precisamente a bárbaros y romanos, Enanitus se metió un poco más de lo habitual hacia el interior del bosque. Estaba persiguiendo a Pantalonic, quien acababa de tender una emboscada a otros niños romanos del campamento, que jugaban también con ellos. Pero Enanitus se había adentrado tanto en el bosque que la verdad es que se había perdido. Siguió avanzando para ver si encontraba una salida, y de repente se dio cuenta de que no había más árboles. Había llegado al final del bosque. Delante de él se abría una gran llanura, y Enanitus vio que estaba ocupada por miles y miles de guerreros bárbaros. Hasta donde alcanzaba su vista había guerreros, guerreros y más guerreros, algunos de pie, otros sentados en el suelo, con sus espadas, sus lanzas y sus escudos a un lado.

Enanitus Mínimus era un niño, pero no era tonto. Se echó enseguida al suelo para que no lo vieran. Como era bajito –por algo lo llamaban Enanitus–, consiguió hacerlo sin dificultad. Aquello parecía un gran ejército de bárbaros, y en el fuerte no había oído decir a nadie que hubiera un ejército de bárbaros en las inmediaciones. El fuerte era un lugar pequeño, y cuando se preparaba una campaña o se temía un ataque de los bárbaros, todo el mundo se enteraba. Enanitus se dio media vuelta y se fue arrastrando por el suelo hasta meterse de nuevo en el bosque. Cuando ya lo tapaban los árboles, echó a correr para dar la alarma en el fuerte romano. Pero no era tan sencillo. Primero tenía que encontrar el camino, porque se había perdido. Y además debía llegar al campamento sin que nadie lo viera, ni siquiera su amigo Pantalonic, por muy simpático que fuera. Para orientarse se le ocurrió mirar hacia donde estaba el sol, que ese día –lo cual no era habituellucía con fuerza en el cielo. Su padre le había dicho que el sol nace por el este y se pone por el oeste. Llegó a un claro del bosque. Era ya por la tarde, y Enanitus identificó el oeste mirando el lugar

donde se hallaba el sol. Pero tuvo cuidado de no mirarlo directamente: su madre le había dicho que eso no debía hacerse nunca porque uno podía quedarse ciego. Una vez que supo dónde estaba el oeste, no le fue difícil dirigirse hacia el sur, que era la dirección en la que se encontraba el fuerte romano. Avanzó en dirección sur con mucho cuidado para que nadie lo viese. Al cabo de una hora volvió a salir del bosque y divisó a lo lejos el fuerte. En cuanto llegó fue corriendo a ver a su padre y le contó lo que había visto.

Al principio su padre no lo creyó, porque el comandante de toda esa zona acababa de firmar un tratado de paz con los bárbaros. Pero su padre lo conocía bien, y sabía que Enanitus no era el tipo de niño que se inventaba historias como esa. De manera que fue a hablar con el jefe de la guarnición, que tampoco lo creyó al principio. Pero tanto le insistió que, finalmente, aceptó mandar una patrulla de exploradores para ver si lo que decía Enanitus era cierto o no. La patrulla regresó a toda prisa y confirmó que sí, que era verdad, que había un ejército inmenso de bárbaros al otro lado del bosque. El jefe de la guarnición ordenó preparar inmediatamente las defensas del fuerte, dar la alarma a los fuertes vecinos que protegían otros tramos de la frontera, y pedir refuerzos. Cuando pocos días después se presentaron los bárbaros ante las empalizadas del fuerte, se encontraron con que los romanos estaban preparados y con sus tropas reforzadas, y tuvieron que dar media vuelta.

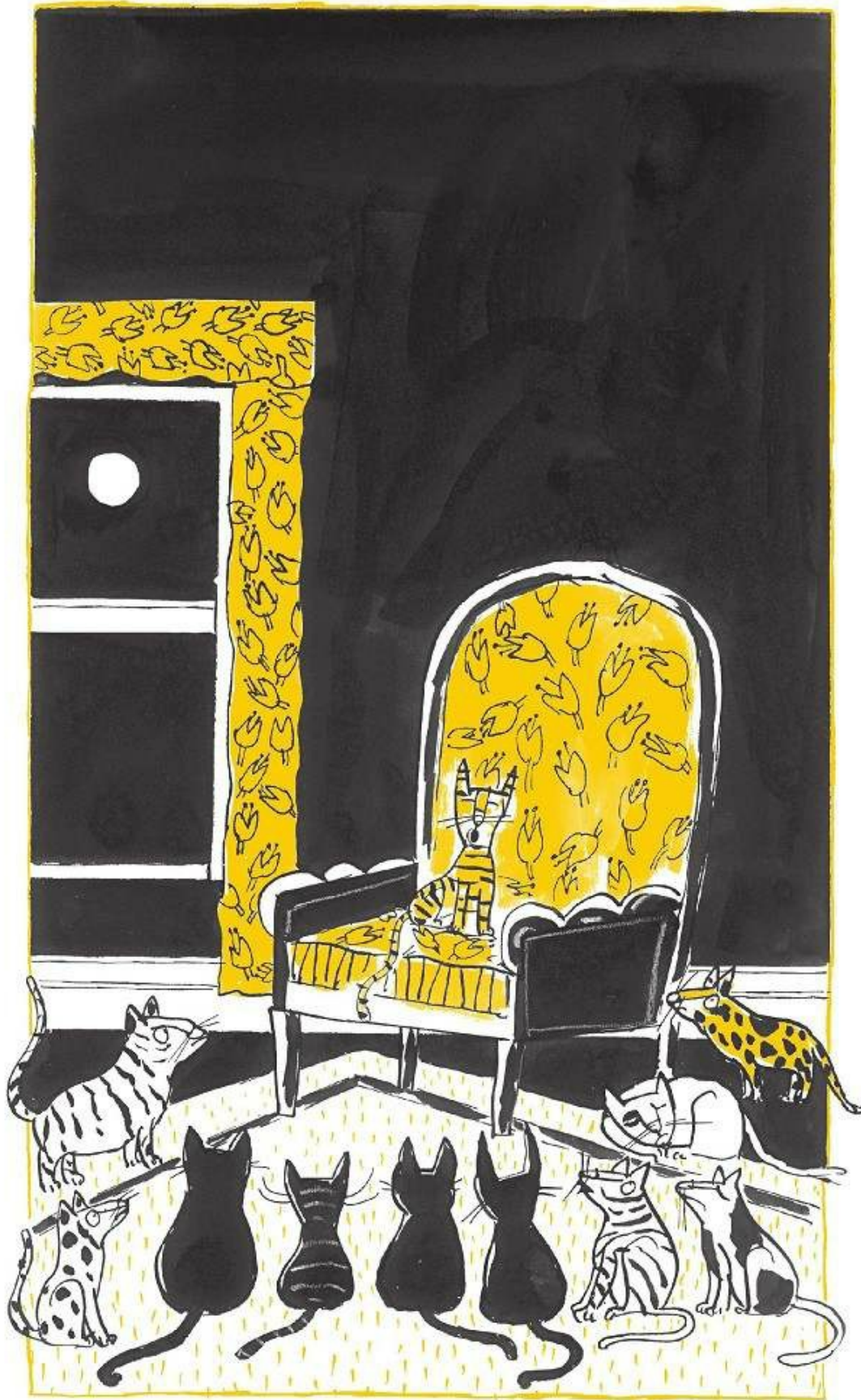
Pocos días después, el general romano que estaba a cargo de ese sector de la frontera reunió a toda la guarnición y allí, delante de todos, impuso una corona de laurel en la cabeza de Enanitus.

–Al avisarnos has salvado el fuerte y la frontera del imperio. Te mereces esta corona de laurel. Y te mereces también que a partir de ahora tu nombre deje de ser Enanitus Marcellus, y sobre todo nada de Enanitus Mínimus. Desde este momento te llamarás Enanitus Máximus, si a ti y a tus padres os parece bien – declaró solemne el general.

Todos ellos, en especial Enanitus, hicieron claros gestos de asentimiento con la cabeza.

Así fue como Enanitus se convirtió en un héroe romano, y así fue cómo cambió su nombre por otro que le gustaba mucho más: Enanitus Máximus.

LOS GATOS DE DOÑA ROSAURA



Doña Rosaura vivía sola. Bueno, lo de sola es un decir, porque doña Rosaura compartía su pequeño apartamento con once gatos. «Mis galácticos», como los llamaba ella. El apartamento era moderno y cómodo, pero realmente pequeño, y entre doña Rosaura –que era un poco rolliza– y sus once gatos no había mucho espacio para moverse. Eso le decían por lo menos las amigas que de vez en cuando iban a visitarla, y que se encontraban con que tenían que compartir con los gatos el sofá, la mesa del comedor y el pasillo. Y cuando a veces le pisaban sin querer la cola a uno de ellos, la víctima se ponía realmente furiosa y maullaba con cara de pocos amigos. Porque claro, los once gatos estaban muy cómodos en su apartamento, y no les apetecía que unos intrusos vinieran a molestarlos.

A doña Rosaura todo eso le parecía muy bien, porque adoraba a sus gatos. Al fin y al cabo, le había ido con ellos mucho mejor que con los humanos. Ningún gato la había engañado, ni le había gritado como su jefe en la oficina, ni le había intentado vender preferentes. De manera que ella les permitía todo, y tenía puntualmente preparados los once platitos de leche de su comida. Hicieran lo que hicieran, los miraba siempre con una expresión bondadosa. Por eso tampoco le importó mucho cuando sus amigas dejaron de visitarla, alegando que en esa casa olía a gato. «¿Cómo no va a oler a gato», decía, «si en esta casa hay once gatos? Vaya descubrimiento».

Los gatos de doña Rosaura tenían cada uno su nombre, y no eran nombres vulgares. Se llamaban así: Dalí, Trovasina, Bismarck, Frida, Octavio César Augusto, Chanel, Rania, Numancia, Camoes, Aristóteles y Garibaldi.

Cada uno de ellos tenía su historia. Dalí era el que lucía los bigotes más largos. A Trovasina doña Rosaura la había encontrado en la calle, y le dio ese nombre de aire italiano para dulcificar un poco ese recuerdo. Frida, la artista del grupo, era un poco excéntrica, como suelen ser los artistas. Rania tenía un porte aristocrático y delicado, y procuraba no mezclarse mucho con los demás. Chanel se pasaba el día peinándose y arreglándose, mientras que Numancia, una vez que tomaba una decisión, la mantenía contra viento y marea, aunque los demás intentaran obligarle a cambiar de opinión y la rodearan amenazadoramente. Aristóteles estaba siempre reflexionando, quién sabe sobre qué, y Camoes se paseaba por la casa como buscando inspiración, quién sabe para qué. Bismarck se mostraba un poco brusco y le gustaba dar órdenes, pero

no tenía nada que hacer con Octavio César Augusto, el más respetado por todos.

En cuanto a Garibaldi, era el más joven y también el más rebelde. Y fue precisamente Garibaldi el causante del lío que una noche se formó en el apartamento. Doña Rosaura ya se había acostado y sus once gatos también, cada uno de ellos en la camita que su dueña le había preparado con mimo, utilizando almohadones y mantas viejas. Pero esa noche Garibaldi no tenía intención de dormir, y fue despertando a todos los demás gatos para que acudieran al salón, porque tenía que decirles «algo muy importante». Los otros diez gatos fueron saliendo de sus camas de mala gana, sobre todo los más viejos, como Bismarck, que tenían un sueño pesado y roncaban con sonido estereofónico.

Cuando estuvieron todos reunidos, Garibaldi tomó la palabra.

–Os he pedido que vengáis aquí esta noche porque tenemos que discutir un asunto muy serio, y la vieja –así llamaba Garibaldi a doña Rosaura, ante la muda reprobación de los demás, que sin embargo no se atrevían a decirle nadano debe saberlo.

–Bueno, Garibaldi, no te enrolles y dinos de qué se trata –le dijo Bismarck, que quería volver a irse a roncar lo antes posible.

–Sí, eso, dínoslo rápido –añadió Chanel–. Yo ya me he puesto mi mascarilla de noche y no me conviene moverme mucho.

Garibaldi los miró con disgusto. Vaya tropa. Qué se podía hacer con esos gatos.

–¡Compañeros! –Rania y Octavio César Augusto se miraron: no les había gustado nada el comienzo del discurso–. ¡Compañeros! –repitió–. Los gatos estamos oprimidos. Echad un vistazo a estas camas viejas que tenemos – Trovasina miró la suya con auténtico amor: también ella tenía sueño–, mientras que la vieja duerme en la suya, calentita y suave. Pensad en la dieta aburrida de leche y comida para gatos que nos da, mientras que ella se zampa su solomillo y su lenguado a la plancha. –Era verdad, a doña Rosaura le encantaba comer bien, aunque lo del lenguado a la plancha estaba pensado para remover los jugos gástricos gatunos allí reunidos, como efectivamente sucedió–. ¡No es justo! ¡No es justo! La vieja nos oprime. En esta casa nosotros los gatos somos mayoría, y sin embargo es ella la que manda y la que de verdad vive bien. ¡Tenemos que acabar con esta situación! ¡Echemos de aquí a la vieja y quedémonos con el apartamento! ¡Todo el poder para los gatos! ¡Abajo la vieja! ¡Poder gatuno! ¡Poder gatuno! –exclamó mientras agitaba una servilleta roja que se había dejado doña Rosaura encima de la mesa después de la cena.

Los demás gatos lo observaron asombrados. La primera que abrió la boca fue Trovasina, que le dijo muy enfadada:

–Garibaldi, deja de decir tonterías. Doña Rosaura me rescató de la calle y me salvó la vida. Yo desde luego no la voy a echar de su casa.

–Hay que pensarlo bien –siguió Aristóteles–. Lo que propone Garibaldi tiene ventajas y desventajas. Reflexionemos sobre ellas.

–¿Una revolución de los gatos? Las revoluciones ya han pasado de moda. Con lo jovencito que eres, parece mentira que seas tan antiguo, Garibaldi –dijo Frida, mirándolo con cara de aburrimiento.

–Un momento, no nos precipitemos. Me gusta la idea de resistir a la opresión –afirmó Numancia, apretando los dientes.

Todos los gatos se pusieron a hablar al mismo tiempo, tratando de gritar –perdón, maullar– más alto que los demás e interrumpiéndose unos a otros. Hasta que uno de ellos alzó el mostacho y dijo:

–Silencio. Silencio todos. –Octavio César Augusto habló con el tono de voz de quien sabe que será inmediatamente obedecido. Miró a su alrededor con disgusto–. ¿Qué es esto? Si seguís gritando despertaremos a doña Rosaura, y habrá que explicarle qué hacemos aquí todos reunidos.

–Pues está claro. Lo que queremos es mandar en nuestra propia casa –dijo Garibaldi, que volvió a agitar la servilleta roja con su pezuña izquierda.

Octavio César Augusto –algunos de los demás gatos lo llamaban OCA para abreviar, pero solo cuando él no podía oírlos– lo miró con cansancio.

–Garibaldi, dime una cosa. Doña Rosaura siempre se ha portado bien con nosotros. ¿Por qué quieres echarla de su casa?

–Porque nos explota. Ella se queda con todo lo bueno y nos da a nosotros las cosas peores.

–Pero esta es su casa, y si ella no te hubiera invitado a vivir aquí, ¿dónde crees tú que estarías ahora?

–Estaría con los demás gatos.

–Sí, con los demás gatos, en la calle. Pasando frío y mojándote con la lluvia. Y sin tu plato de leche caliente esperándote en la cocina.

–Eso, el lenguado a la plancha para la vieja, y para nosotros un plato de leche. No es justo.

–La vieja, como tú la llamas, nos ha acogido aquí a todos. Gracias a ella vivimos juntos y tenemos una casa, que es también la suya. A veces es un poco pesada con tanta caricia y tanto besito, pero nos quiere mucho y nosotros también la queremos a ella.

–No puedo creerte, OCA. Cambias tu libertad por un plato de leche. –Los demás gatos se miraron incrédulos ante el descaro de Garibaldi. Lo había llamado OCA a Octavio César Augusto en su propia cara. Garibaldi fue mirando uno a uno a los demás gatos, que asistían paralizados a la discusión–. Si me hacéis caso y echamos de aquí a la vieja, yo os haré libres.

Octavio César Augusto no se inmutó.

—¿Y cómo nos harás libres? ¿A la fuerza? Porque yo creo que todos estamos bastante contentos viviendo como vivimos en esta casa. Cada cual hace ya lo que quiere. ¿No es eso ser libres? Y desde luego nos daría bastante pena que doña Rosaura se marchara.

Los demás gatos, incluida Numancia, asintieron con la cabeza. Solo Aristóteles se quedó impávido. Tenía cara de seguir reflexionando. Octavio César Augusto continuó:

—De manera que déjanos tranquilos, Garibaldi. Estamos todos más contentos haciendo lo que nos da la gana con doña Rosaura que dejándote a ti que nos hagas libres, como tú dices. Me temo que eso supondría que tendríamos que obedecerte todo el rato, y que si no lo hacemos nos dirías que no sabemos ser libres de verdad.

Garibaldi intentó contestarle, pero estaba claro que los demás gatos ya no querían saber nada de su revolución. Todos fueron abandonando la reunión. Chanel se dirigió a retocarse bien su mascarilla. Bismarck se alejó atusándose gravemente los bigotes, y Trovasina se acercó a una foto en la que aparecía doña Rosaura y se frotó el lomo contra ella. Solo Aristóteles se quedó donde estaba, incapaz de moverse. Seguía reflexionando.

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Edición en formato digital: enero de 2015

© De las ilustraciones del interior y cubierta, Emilio Urberuaga

© Rafael Dezcallar, 2015

© Ediciones Siruela, S. A., 2015

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16280-78-0

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com

Índice

Jaime y los elefantes	5
Sofía y los caballos	11
El cocodrilo de Yibuti	17
Los enanitos vengadores	23
Los enanitos vengadores - 2	30
Los enanitos vengadores - 3	36
El dragón Sinforoso	42
Los inventos del profesor Patatini	49
El niño que se dormía siempre	57
El pirata bien educado	63
Enanitus Máximus	70
Los gatos de Doña Rosaura	76
Créditos	83